

# EN ALGÚN LUGAR DE VENECIA

FEDERICO BASTERI

D.J.57

**EN ALGÚN LUGAR  
DE VENEZIA**

POR FEDERICO BASTERI

**Copyright © 2012 Federico Basteri. Todos los derechos reservados.**

Esta obra no puede ser copiada, revendida o distribuida a terceros para beneficio comercial privado. El contenido de este documento está protegido bajo los derechos de propiedad intelectual del autor y su infracción es castigable por ley. Ninguna parte de este libro podrá ser usada o reproducida en ningún otro medio sin permiso escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, diálogos o situaciones que en ella aparecen son producto de la imaginación del autor y no se refieren a nadie en particular. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas es pura coincidencia.

Arte de Portada: Federico Basteri

Martin jugaba con un paquete de cigarrillos en sus manos. Lo golpeaba una y otra vez sobre su pierna cruzada.

Recostado sobre la silla, casi cayéndose, tenía la cabeza sobre la parte superior del respaldo de la fila de sillas que amueblaban aquella sala de espera, enorme, llena de otros viajeros como él. El ritmo de percusión de la caja de cigarrillos era atenuado por el murmullo de las personas alrededor y de aquellas que estaban en las distintas tiendas del pre-embarque. Las columnas que sostenían la enorme estructura estaban adornadas con notorios carteles de <<Prohibido Fumar>>.

El reloj de pulsera de Martin marcaba la 1:30. La noche era oscura y eterna. La pantalla que se alzaba sobre el stand de la Puerta Número 12 marcaba el destino final del viaje: <<ROMA 22:30 - Retrasado/Delayed>>.

Martin no logró aguantar más sus ansias de fumar. Se puso de pie, recogió su bolso de mano donde tenía su equipo fotográfico; una cámara digital último modelo con cuatro distintos tipos de objetivos. Y por último una cámara analógica, con dos rollos a color y uno blanco y negro ya cargado en la cámara. Giró la cabeza por debajo de la correa de su bolso y se lo colocó cruzado. Guardó su pasaporte y el *boarding pass* en el bolsillo interior de su blazer. Mientras tomó el primer paso alejándose de la fila de asientos, lanzó una rápida mirada de reconocimiento a las personas que llenaban los espacios destinados a sentarse; una mujer de origen japonés, con el libro que antes había estado leyendo ahora reposando sobre su falda, abierto en la mitad, vislumbrando los complicados (para Martin, por lo menos) símbolos y letras del idioma oriental. Cerca suyo un hombre grande, de gafas gruesas y una polera que le llegaba hasta el cuello, el pelo canoso y la mirada perdida en la eterna espera de los aeropuertos.

Dejando deslizar el paquete de Marlboro en el bolsillo de su pantalón, Martin encaró hacia el baño. Al llegar y abrir la puerta se encontró con un hombre regordete, algo sudado y con problemas para caminar. Le pasó por al lado luego de asentir a Martin y dejar cerrar la puerta sola detrás de sí. Martín esperó que lo peor no le esperase allí donde el hombre gordo acababa de salir. Pero para su desgracia, lo esperaba un hedor que bien podía hacer vomitar a los flojos de estómago. Sin embargo, aceptó la situación y se encerró allí. <<De todas formas, el olor del cigarrillo lo

tapará>> pensó Martin, aliviándose. Sacó la caja, tomó un cigarrillo y lo encendió. La primera pitada fue de desahogo total. Se apoyó sobre la pared, tomó la segunda pitada y bajó el cigarrillo. Sostuvo el humo un tiempo más dentro de sus pulmones y luego exhaló. Estaba combatiendo la ansiedad que lo carcomía desde que había despachado su pequeña y única maleta en la bodega del vuelo 1277, con destino al aeropuerto de Fiumicino.

Durante la quinta o sexta pitada, sintió un golpe en la puerta que lo sorprendió. Se quedó callado esperando que fuese algún tipo de error, pero la voz que escuchó a continuación aseguró que era a él a quién le estaban hablando. <<Vienen a retarme>> pensó Martin en ese breve momento entre el primer golpe y la voz.

— Sé que no estás ahí ni meando ni cagando—le dijo una voz ronca, sufrida por algún resfrío tal vez—No es muy sutil. ¿Qué dices si me compartes uno, eh?

Martin reparó en lo que la voz le dijo y bajó la guardia. Después de todo, no era nada más que un cigarrillo. <<No irían a detener el vuelo (ya demorado) ni a llamar al FBI o a la Interpol. >>

Abrió la puerta y se encontró con un hombre corpulento, vestido con saco y corbata, una bufanda alrededor de su cuello y el pelo un poco largo, engominado peinado hacia atrás, revelando una frente marcada de arrugas. Los labios anchos y gordos se movieron para dejar entrever una sonrisa formada por dientes amarillos, pero en perfecto estado. Martin respondió con una sonrisa también y le otorgó un cigarrillo de su paquete. El hombre se lo colocó en la boca y Martin procedió a encendérselo. El hombre dejó que el humo entrase rápido en su boca y lo largó, haciendo que le cubriera parte de su rostro.

— Gracias—le dijo con una sonrisa pícaro.

Martin dio una última pitada a su cigarrillo antes de arrojarlo en el inodoro y tirar de la canilla. Se lavó las manos mientras el otro hombre procedía a encerrarse él donde antes había estado fumando Martin. Se saludaron con un movimiento de cabeza y Martin se secó las manos, antes de salir por una vez del baño. A esperar.

En el camino de regreso a su asiento, notó los demás rezagados del vuelo 1277 que también estaban cansados y molestos. Algunos se lo tomaban con gracia, riendo entre sí. Otros con una clara muestra de enojo e impotencia en sus rostros. Pero la mayoría, ahora, habían aceptado la

demora e intentado poder descansar algo. Martin pudo ver un grupo de señoras acostadas sobre la alfombra azul oscura, con sus bolsos de mano haciendo de almohada. Algunas hasta se habían armado frazadas con chaquetas y abrigos. Más adelante, entre otras filas de asientos, había un grupo de jóvenes también tirados, exhaustos. Martin sonrió ante este extraño acontecimiento y supo comprender que la espera era enorme y que estaba más que bien que las personas se rindiesen ante el cansancio. Prefirió quedarse de pie, observando a través de los grandes ventanales del aeropuerto, los aviones venir y marcharse. Las tareas de mantenimiento y demás. Supo encontrar algo de entretenimiento por un breve instante. Luego de pensarlo por un momento, de analizar los distintos ángulos, la falta de luz y su punto de observación, decidió sacar una foto. Trajo el bolso hacia sí y tomó los cierres cuando de repente la voz de la anunciadora de la puerta 12 habló luego de un *beep*.

— Damas y caballeros, les informamos que el vuelo 1277 con destino a Roma comenzará abordar por la Puerta 12G. Muchas gracias.

La versión del anuncio en otro idioma Martin no la escuchó. Abandonó su intento de sacar su cámara para tomar una fotografía y en cambio, retiró el pasaporte y el *boardingpass* del bolsillo de su chaqueta. Se dirigió a la puerta, donde los demás pasajeros, luego de un aplauso general por el abordaje de una vez por todas, se agruparon como una manada.

Luego de nadar entre la gente, Martin llegó al stand de la puerta 12, donde una aeromoza de baja estatura y pelo recogido le cortó el *boardingpass* y le dijo <<Buen viaje>>.

— Gracias—dijo Martin y prosiguió por la manga que lo llevaba al Airbus 380.

Más tarde, estaba sentado contra la ventanilla, viendo algo del ala izquierda del avión. Sobre el vidrio de la ventanilla caían algunas gotas. Martin se preguntó si mojaban el avión antes de cada despegue. Le pareció una idea descabellada y sin sentido, así que abandonó ese pensamiento enseguida.

Pasaron unos minutos, mientras las personas seguían llegando a la clase económica, guardando sus bolsos. Algunos tenían problemas para caber, otros eran temas de discusiones entre algunos desconocidos, que se usurpaban sus propios lugares.

Cuando el flujo de gente se aminoró, Martin pensó que tendría la

posibilidad de viajar sin nadie a su lado, algo que tampoco le hubiese molestado. Sin embargo, ese pensamiento fue enseguida abatido cuando un hombre de edad avanzada y vestido casi demasiado formal para un vuelo comercial, apoyó su equipaje de mano sobre el asiento vacío. Martin giró y lo miró, mientras el hombre terminaba de asegurar que este asiento era el correcto. Bajó la mirada hacia Martin y le asintió con respeto. Pasó a guardar su equipaje y a sentarse. Se acomodó el saco, el cual prefirió no quitarse y prosiguió a ajustarse el cinturón de seguridad.

Martin desvió la vista hacia la ventanilla, mientras las azafatas pasaban por los estrechos pasillos revisando el abroche de los cinturones y la verticalidad de los asientos.

Antes de que pudiera darse cuenta, el avión se estaba moviendo y ya estaba en pista. Se le solicitó a la tripulación de cabina que ocupara sus puestos para despegue y el capitán recordó el apagado de dispositivos electrónicos. Se encendieron las turbinas con un fuerte estruendo y el avión empezó a tomar velocidad. Martin se agarró fuerte del apoyabrazos y el hombre a su lado notó esto enseguida. Apoyó la cabeza sobre el asiento, casi como apretando fuerte contra éste. Tenía una clara sensación de miedo, que supo disfrazar. Pero el otro hombre ya se había dado cuenta.

— ¿Miedo de volar, eh?—dijo el hombre con una amable sonrisa en su rostro.

Martin giró para verlo, mientras el avión continuaba tomando velocidad.

— Lo entiendo—dijo el hombre—Yo también. Aunque no lo crea, este es mi primer vuelo.

Martin reaccionó con incredulidad ante el hombre quien lo miraba fijo, comprendiéndolo.

— ¿Pero sabes lo que hago?—el hombre buscó entre sus bolsillos y sacó un pequeño blíster con una pastilla morada—Me tomo una de estas y con suerte despertaré dentro de 14 horas.

El hombre rió y Martin también esbozó una sonrisa.

— Justo luego de la cena—continuó—con un pequeño vaso de agua y no hay que preocuparse ni de turbulencias, pozos de aire o caer en el medio del océano.

Cuando terminó de decir esto, el avión ya había alcanzado la velocidad máxima en tierra y se inclinó para despegar. En escasos segundos,

estuvieron en el aire, sintiendo la presión en los oídos y luchando por destaparlos.

— Es el despegue del que desconfío—dijo Martin—Luego, no tengo problema. No es exactamente miedo.

— Ah—replicó el hombre— ¿es el miedo a la muerte, entonces?

Martin se sorprendió ante la exclamación del hombre, la cual se acercaba algo a la verdad.

— Bueno, no sucede nada—dijo el hombre—No hay que pensar sobre eso, nada más. Si quieres, puedo darte uno de mis amigos mágicos. Te hará olvidar sobre todo aquello.

— No creo que sea necesario—dijo Martin sonriendo—Pero le agradezco el gesto.

El hombre guardó la pastilla de nuevo en su bolsillo y se acomodó en el asiento, exhalando. Martin dio un vistazo rápido a través de la ventanilla. Era luna llena aquella noche y se podía ver clarísima por encima de las nubes. La ciudad había quedado oculta bajo el manto de nubes y ahora estaban perdidos en la niebla.

— ¿Primera vez que va a Italia?—le preguntó el hombre y Martin se dio vuelta—No quiero ser molesto, sólo hago conversación por el tiempo que pueda. Una vez que me tome la pastilla, tendrás a un compañero de asiento largando ronquidos.

Martin sonrió con amabilidad.

— Espero que no bebas mucho vino en la cena—le dijo el hombre— ¿Crees poder aguantar todo el vuelo sin tener que despertarme para ir al baño?

El hombre rió en broma y Martin también compartió, dejando entrever sus dientes en la sonrisa.

— Lo intentaré—dijo mientras el hombre terminaba de reírse.

— ¿Tiene familiares allí?—le dijo al cabo de unos minutos.

— No exactamente—respondió Martin.

— Yo sí. Mis hijos. Decidieron marcharse del país hace ya algunos años. Cuestiones de trabajo, ya sabes.

Martin asintió mientras lo escuchaba. El hombre desviaba la vista de vez en cuando a los demás pasajeros. El cartel de los cinturones de seguridad todavía seguía encendido y la inclinación del avión podía sentirse aún.

- No he salido mucho de viaje, como puedes saber—dijo el hombre al cabo—No sé bien qué esperar. La incertidumbre y la fascinación me apremian.
- Es un lugar maravilloso—dijo Martin.
- Ah, ¿entonces sí has estado allí?—dijo el hombre contento y sorprendido— ¿Es hermoso, no? Todos me lo han dicho.
- Uno no quiere marcharse.
- Me imagino—dijo el hombre—Es un lugar con mucha historia. *Demasiada* quizás para la mente del hombre común y corriente. Debe ser algo difícil de asimilar.
- Sí—dijo Martin—Son casi 3000 años de historia que tiene Roma.
- Semejante legado—dijo el hombre—Qué tema nacer allí, ¿no? Supongo. En esta época, nacer con el peso cultural de 3000 años de historia debe ser un privilegio y una carga a la vez. Vivir el día a día, la rutina diaria con enormes monumentos a escasos metros. Monumentos que han estado allí por tanto tiempo que parece una existencia incomprensible para el ser humano de la actualidad. Saber que cada paso que das, alguien más ya ha estado allí, forjando la historia.

Martin se quedó callado durante el comentario del hombre. Las pantallas sobre el respaldar de los asientos marcaba la temperatura exterior, que cada vez disminuía más, llegando a las temperaturas bajo cero mientras que la altitud, expresada en metros y pies, hacía lo contrario.

- Oh, perdona mi manera de hablar—dijo el hombre—Tiendo a irme por las ramas en las conversaciones y mezclar lo que pienso y siento con el tema en común. Es un mal hábito, pero un hábito a fin de cuentas.
- ¿Escribe?—le preguntó Martin y el hombre se inclinó para atrás, algo sorprendido.
- Así es—afirmó—Ficción, para ser exactos. ¿Cómo pudo saber?
- No lo sé, por la manera de hablar quizás.
- Puede ser. No sería la primera vez.

El hombre volvió a reír y luego respiró hondo, con rastros de su sonrisa aún en su boca.

- ¿Y a qué te dedicas?—le preguntó el hombre.
- Vivo de la fotografía—respondió Martin y el hombre arqueó las

cejas.

- Interesante—dijo—Me imagino que se tiene mucho material que fotografiar en Italia, ¿no?

Martin asintió.

- Sin embargo, a veces no alcanza con sacar fotos—dijo.
- Por supuesto—dijo el hombre—Se debe de ir dos o tres veces más para poder sacar las fotos que uno pretende en verdad.
- Así es.
- Que bella vocación. Y, según parece, le da frutos suficientes para viajar, ¿no es así?
- Si, por suerte.
- No me ha dicho que tenía familiares en Italia—dijo el hombre mientras la velocidad del avión alcanzaba con facilidad los 600 km por hora— ¿Puedo preguntar cuál es el motivo de su viaje? No pretendo entrometerme.
- No, por favor—replicó Martin—No es problema.

Martin buscó en el bolsillo interno de su blazer. De él, sacó una foto mediana, de retrato.

- El propósito de mi viaje está allí—dijo y entregó la foto al hombre.

El hombre tomó la foto con curiosidad. La alejó un poco, por la presbicia quizás, y la miró con cuidado, con un dejo de seriedad y atención en su rostro.

- ¿Quién es ella?—dijo el hombre al cabo de unos segundos de silencio que solo eran interrumpidos por las turbinas del avión, que ahora estaba enderezándose y alcanzando la velocidad de crucero— Una novia, ¿no?

El hombre giró para ver a Martin y le sonrió.

- Es difícil mantener una relación a distancia—dijo el hombre y le devolvió la foto a Martin, quien la guardó enseguida de regreso en el bolsillo—Y en especial cuando el amor está de por medio. Pero bueno, son cosas que pasan.

El hombre apoyó las manos sobre su regazo y entrelazó los dedos. De repente, una voz se escuchó por los parlantes del avión. <<Tripulación de cabina, velocidad de crucero alcanzada>>. El hombre asintió y supo que llegaba el momento de dormir. En la parte de atrás se escucharon algunos cinturones de seguridad que eran desabrochados antes tiempo, cuando el

avión ya estaba enderezado.

Las carcajadas de unas ancianas en la fila del medio sobresaltaron a más de un pasajero. El hombre y Martin giraron para ver y rieron a su vez.

La luz de los cinturones de seguridad se apagó y en un segundo más de un pasajero se levantó de su asiento para buscar algo en su equipaje de mano. El hombre cerró los ojos por unos momentos, quizás algo cansado según le pareció a Martin.

Casi sin medirlo, el tiempo pasó y el servicio de cena llegó. Dos azafatas de cada fila pasaron con el carro de comida hasta el principio de la fila y comenzaron la entrega de las bandejas. Algunos enderezaron sus asientos y otros se despertaron. El hombre abrió los ojos y observó a las azafatas. Miró a Martin y le sonrió de manera cómplice. Bajó su bandeja y colocó la pastilla morada a un costado. Martin bajó la suya y esperaron a que la azafata le preguntara qué querían comer. Martin eligió carne de pollo, que venía con unas papas redondas y una salsa roja. El hombre, por otro lado, eligió fideos. Para beber Martin se pidió una lata de cerveza y el hombre eligió vino blanco, con mucho hielo. Cuando las azafatas se alejaron con el carro, el hombre se volvió hacia Martin.

— Bien—dijo—Es tiempo de tomar la pastilla.

Martin rió junto con él.

— Espero que me dé tiempo para cenar—dijo el hombre fingiendo una preocupación extrema - Lamento que no podamos seguir conversando, pero en algún momento debo dormir.

— No se preocupe.

— Fue un gusto hablar contigo—dijo el hombre.

El hombre tomó la pastilla, la colocó sobre su lengua y seguido tomó el vaso de vino blanco. Tomó un sorbo y tragó con fuerza. Luego apoyó el vaso una vez más y se dispuso a abrir el paquete de su comida.

Comieron sin entablar mucho y antes de darse cuenta, las azafatas ya estaban retirando las bandejas. Martin habló algo más con el hombre, pero fue un comentario y una afirmación más que nada, sin desembocar en una conversación. Apenas retiraron su bandeja, el hombre reclinó el asiento para atrás y cerró los ojos, dando comienzo al tan necesitado descanso.

En las primeras ocho horas de vuelo, Martin intentó dormir pero solo logró cerrar los ojos y tener sueños extraños por no más de 2 horas. El resto del tiempo se la pasó intentando relajarse, con cierta molestia en el cuello y

las piernas pidiendo a gritos estirarse y hacer correr la sangre. Algún que otro grito de un bebé lo despertaba y sobresaltaba por momentos. Pero en lo general, el ruido del avión, las luces apagadas y el silencio hizo que pudiera relajarse, por lo menos un tiempo.

En un determinado momento, un mensaje por el altavoz del avión lo despertó. Notó que la voz hablaba en clave baja, casi como sabiendo que la mayoría de los pasajeros estaban durmiendo y que el sonido molestaría a más de uno al despertarlo. <<Damas y caballeros, les informamos que atravesaremos una zona de turbulencia. Les recomendamos permanecer en sus asientos con el cinturón de seguridad ajustado. Muchas gracias. >>

Martin, que había permanecido con el cinturón ajustado todo el tiempo, se dispuso a ver por la ventanilla. Pudo notar en la parte inferior un manto de nubes volumétricas y gruesas. El campo de nubes se extendía hasta donde podía ver, desvaneciéndose en la oscuridad densa de la noche. Entre las nubes, destellos de luces aparecían y desaparecían. El avión estaba volando por encima de una tormenta. El contraste entre el cielo estrellado que veía y las nubes tormentosas debajo era más que interesante. Martin creía que estaban sobrevolando el océano y le fascinó la idea de estar por encima de una tormenta que ahora mismo estaba azotando las aguas del Atlántico.

La turbulencia llegó sin más preámbulos. Sacudió un poco el avión pero casi no se sentía. La gente ni siquiera se inmutó y luego de ajustar sus cinturones siguieron durmiendo. Martin notó cómo los relámpagos y los rayos se intensificaban, acortando el tiempo entre uno y otro. Siguió observando hasta que la turbulencia desapareció y el cartel de los cinturones de seguridad se apagó. La tormenta poco a poco quedó atrás y lo único que pudo ver a través de la ventanilla fue oscuridad.

Martin se despertó con el servicio de desayuno. Miró por fuera de la ventanilla y había luz de día. Miró su reloj de pulsera, ahora ajustado con la hora local de Italia y notó que eran las 7:30pm. Giró para ver al hombre que tenía a su lado y notó que también estaba despertando, luego de un largo sueño de 14 horas. Hablaron un tiempo y bromearon durante el desayuno. Una hora después, el capitán anunció el comienzo del aterrizaje.

El avión atravesó nubes majestuosas iluminadas por el sol y por un breve instante pareció perderse entre la niebla interminable, que se extendía por todos lados. El piloto siguió bajando la altitud y Martin pudo

ver que entre las nubes se asomaba algo que reflejaba mucha luz. Cuando pudo acostumbrar su vista a lo que estaba viendo, se dio cuenta que era agua. El Mar Tirreno estaba a sus pies, reflejando el sol del atardecer. Se quedó observando ese paisaje, cerrando los ojos mientras la cálida luz del sol le daba sobre los párpados. Poco a poco comenzó a ver tierra. Campos y montañas. Estaba otra vez en Roma. Y había algo de fascinación y ansiedad. La altitud bajó con rapidez y Martin sintió el avión inclinarse, girando para ponerse en posición correcta a su llegada al Aeropuerto de Fiumicino. El piloto bajó el tren de aterrizaje y estaban en tierra italiana.

Luego de bajar del avión y despedirse del hombre con el cual compartió asiento, Martin realizó todos los trámites para su ingreso al país, pasando por seguridad y aduanas. Estaba en Roma, una vez más, después de 10 años. El aeropuerto estaba casi igual que antes, con algunos cambios respecto a tecnología y quizás alguna que otra remodelación y agregado.

Cuando salió por una de las estaciones, ya era de noche. Antes que pudiera hacer nada, un hombre ya le estaba ofreciendo servicios de transporte. Luego de negociar el precio, Martin accedió y el hombre lo guió hasta donde estaba estacionada una van negra, que parecía sacada de una película policial. El conductor de la van salió al encuentro y lo saludó con sequedad. Martin le extendió la mano y el hombre prosiguió a cargar las maletas en la parte de atrás del vehículo. Terminada esta tarea, el conductor le abrió la puerta de la van y lo invitó a subirse.

— Esperamos por el resto de los pasajeros—le dijo el conductor de manera enérgica y apresurada en su característico italiano.

Martin entendió lo que le quiso decir, pero le costó un instante.

— De acuerdo—dijo.

Había aprendido italiano poco tiempo después de volver de su primera vez. Sin embargo, la falta de uso diario del idioma hizo que estuviese algo flojo, requiriendo un tiempo más para pensar las palabras y decirlas con la correcta pronunciación.

Martin subió a la camioneta y se sentó en el último asiento de la primera fila, contra la ventana. Puso el bolso con su equipo fotográfico entre sus piernas y se dispuso a ver a través del vidrio. Todo le parecía familiar y nuevo a la vez. Sin embargo, todavía podía sentir el misterio de aquella primera vez que pisó en Roma.

El conductor fumaba efusivamente mientras le hacía señas enérgicas con la mano a su compañero que estaba guiando a nuevos clientes hacia la camioneta. Al llegar, los recibió con amabilidad, arrojó el cigarrillo donde pudo y tomó las maletas.

Luego de cargarlas, los invitó a subirse. Era un hombre grande, de unos 60 años que usaba una gorra azul. Subió junto a su mujer, en el asiento de atrás del vehículo. Saludaron a Martin apenas lo vieron.

Sin tener que esperar más tiempo, el conductor recibió nuevos clientes.

Esta vez eran dos jóvenes, un hombre y una mujer. Parecían hermanos según Martin pudo descifrar gracias al enorme parecido. Se sentaron junto a él y hablaban en francés.

— *Bene, andiamo*—dijo el conductor mientras cerraba la puerta con fuerza y encendía el motor.

Puso en marcha el auto y mientras avanzaba se colocó el cinturón de seguridad.

— ¿Adónde se dirigen?—dijo en un francés tosco.

La joven francesa le respondió con el destino del hotel y el conductor asintió. Luego pasó a preguntarles el destino al hombre y a su mujer que estaban en la parte de atrás. Le contestaron en un perfecto inglés británico.

— ¿Y usted, señor? —le preguntó el conductor a Martin.

— Roma Termini, por favor—le contestó Martin.

— *Va bene*—le dijo el conductor y prosiguió a aumentar la velocidad.

Durante el trayecto por la autopista, Martin notó que los mismos edificios industriales que había visto hace diez años aún seguían allí, pero mejorados. La zona del aeropuerto era bastante distinta al centro comercial de Roma. Parecía más una ciudad moderna como edificios altos que una antigua potencia mundial llena de monumentos y una arquitectura sobresaliente.

El hombre de atrás rió cuando el conductor tomó una curva pronunciada a toda velocidad. Se sujetó enseguida del asiento y le hizo una seña a su mujer que era una clara referencia al pie pesado del *conduttore*. Martin de vez en cuando observaba a los demás turistas que estaban con él en el taxi. La joven que tenía al lado, era atractiva. El pelo castaño que le caía hasta los hombros y que a pesar de haber sufrido los descuidos de un viaje en avión, estaba en perfectas condiciones. La tez blanca y el cutis casi perfecto le hacían juego con los ojos azules delineados. Martin la oyó hablar y una vez más afirmó la dulzura afrodisíaca de la lengua francesa. Podía quedarse horas escuchándolo, sin tener que entender nada. Escucharlo como se escuchaba la música. Y, como la música, que suena aún mejor a través de un hermoso instrumento, el lenguaje francés sonaba como melodía a través de la voz de aquella joven.

Luego el silencio reinó en el carro y los integrantes se dispusieron a ver la noche de Roma a través de los vidrios polarizados. Pasaban por una amplia autopista con algunas curvas de vez en cuando y escasos autos. El

conductor manejaba rápido, frenándose en los semáforos en rojo con cierta brusquedad.

Poco a poco comenzó a meterse dentro de la parte céntrica de la ciudad. Martin vio a Roma casi de la misma manera que la primera vez. La incertidumbre y misterio de una ciudad antigua, con una imponencia y una grandeza que lo aplastaban. Pero las sensaciones no eran iguales. Sentía el peso de todo lo que había vivido aquí hace 10 años y la ciudad parecía recibirlo con benevolencia, como sabiendo de su sufrimiento y su carga emocional para consolarlo. Era un hogar, un padre que acobija a su hijo asustado. En cierta manera, Martin regresaba a casa.

No tardaron en pasar cerca del Coliseo, que a pesar de la oscuridad de aquella noche, se erguía con majestuosidad y soberbia. En ese instante en que el auto giró por la curva que daba hacia el Coliseo, todos los pasajeros inclinaron la cabeza para mirar hacia el lado izquierdo al enorme monumento tan famoso. Lo miraban con asombro.

En un rápido vistazo, Martin pudo notar que el *conduttore* ni siquiera se inmutaba, aún cuando el auto estaba detenido en un semáforo. <<Lo verá todos los días que lo más probable sea que esté cansado de la maldita cosa>> pensó Martin, pero no estaba seguro que ese fuese el caso. No tendría mucho sentido. Por más que uno viviera allí y viera semejantes monumentos y obras arquitectónicas todos los días, jamás se dejaría de asombrar o descubrir cosas nuevas, ni siquiera viviendo 1000 años. Aunque, por otro lado, también reflexionó las veces que pasaba de manera indiferente por los monumentos de su ciudad natal, mientras otros, turistas, los veían con asombro, a él le resultaba monótono y aburrido. <<Quién sabe>> pensó Martin y volvió a contemplar la enorme estructura.

Arribaron al destino de la pareja británica. No estaba muy lejos del Coliseo, quizás por esa misma razón habían reservado allí. La pareja se despidió de los jóvenes franceses y de Martin mientras el conductor les abría la puerta y con apuro procedía a bajar sus maletas. En ese breve instante, la joven francesa golpeó sin querer el brazo de Martin, quien observaba una calle de Roma que estaba bastante concurrida de gente, quizás por ser sábado a la noche. Reaccionó con una disculpa instantánea.

- Lo siento—dijo la hermosa voz de la joven.
- No sucede nada—respondió Martin— ¿De dónde vienen?
- Francia—dijo la joven.

- ¿Paris?—preguntó Martin y ella negó con la cabeza.
- Niza.

Martin asintió con la cabeza pero no supo decir mucho más. Se quedó mirando aquel rostro hermoso de ojos azules. La joven no notó que Martin la miraba de esa manera y prosiguió a hablar con su hermano.

El fuerte golpe de las puertas traseras de la van los sobresaltó y el conductor se despidió de la pareja británica luego de recibir el pago. Cerró la puerta corrediza y se subió de nuevo al auto. Dijo unas palabras en francés que Martin no entendió y a las cuales los jóvenes respondieron enseguida. El auto arrancó y se adentró aún más en la ciudad.

La vista ahora era muy distinta de cuando apenas se habían subido. Las calles más angostas, repletas de autos SMART, algunos mal estacionados y otros en cualquier lugar donde había espacio.

La gente caminaba entre los coches. Había mucha gente joven, según Martin pudo notar. Los autos aminoraban la velocidad y Martin escuchó al conductor pronunciar algunos insultos y maldiciones a la gente que estaba en medio del camino y a los autos que entorpecían el paso. Era caótico y las bocinas estaban a la orden del día. Los hermanos franceses reían entre sí al ver semejante espectáculo y Martin supo que era la primera vez que visitaban Roma. Casi siempre la primera reacción era esa. Uno no podía creer lo que veía. El tamaño de las calles, que a pesar de angostas ya de por sí, rebosaban de gente y de autos. Los bocinazos, alguna que otra pelea y el flujo de gente eran para admirar y remarcar.

Luego de enojarse un poco más y de proferir otros insultos, el conductor pudo avanzar y hacerse paso. El destino de los hermanos estaba ubicado en la zona denominada *Trastevere*, bastante lejos del centro de Roma, donde había mayor actividad comercial. Mientras el conductor bajaba las maletas y el joven se apeaba del carro, Martin miró a la joven y ésta a él.

- Adiós—dijo Martin—Que tengan una buena estadía.
- *Merci*—le contestó ella y Martin disfrutó el hermoso sonido de su voz—*Au revoir*.

Y sin más, se bajaron del auto, quedándose Martin nada más. A volver al coche, el conductor tomó un trago de agua y exhaló.

- Nos queda un largo rato todavía para Roma Termini—dijo—Pero la tarifa es fija, no se preocupe.

El conductor rió con un gran vozarrón y Martin compartió su risa. Había entendido, a pesar de que aún le costaba entender del todo, y más aún cuando se trataba de algún dialecto distinto. El auto arrancó y tomó velocidad enseguida, pasando por una calle algo más amplia de las que habían visto antes, donde los colectivos pasaban de manera frecuente.

— ¿Es la primera vez que viene aquí?—era claro que el conductor tenía ganas de conversar ahora.

— No—respondió Martin—Segunda vez.

El conductor lanzó una interjección seguida de una tos severa. Cuando se le pasó, volvió a hablar.

— Le gusta Roma, ¿eh?

— Sí, pero Venecia...

— Sí—dijo el conductor—Venecia es romántica, Roma es misteriosa.

— Mucho.

Se hizo una breve pausa en la que sólo se escuchaba el ruido del motor del auto. El conductor había subido los vidrios y los ruidos de afuera se habían atenuado bastante.

Sin intercambiar muchas más palabras, arribaron a la central de trenes de Roma. El conductor lo ayudó a bajar su maleta mientras Martin se apeó.

— *Bene*—dijo el conductor—*40 euro*.

Martin buscó en su billetera y entregó un billete de 50 al conductor. El hombre, que se había encendido un cigarrillo mientras Martin hurgaba en sus bolsillos, ahora tenía dificultad de tener que mantenerlo en su boca para él poder buscar en su billetera. Entregó el cambio de 10 euros y despegó el cigarrillo con la mano izquierda.

— *Bene, grazie* - dijo Martin tomando su maleta e iniciando su camino hacia el interior de la terminal.

— *Prego*- replicó el conductor y dio una gran pitada a su cigarrillo.

Martin se introdujo en la estación de trenes. A pesar de la hora, había gente, yendo y viniendo con sus maletas.

Recordaba que cuando había estado allí diez años atrás, la terminal estaba saturada de gente durante el día. Aquella noche, a pesar de todo, se podía decir que el lugar ahora se encontraba <<vacío y tranquilo>>.

Se acercó hasta una de las máquinas electrónicas para sacar un pasaje en tren. Luego de apretar varias veces sobre la leyenda <<SIGUIENTE>> en la pantalla táctil, la máquina le pidió ingresar los billetes por la ranura. Martin sacó dos billetes y los introdujo en la ranura y al instante la máquina los succionó. Acto seguido, le otorgó el cambio y el pasaje.

Se paró enfrente de los carteles luminosos que anunciaban las salidas de los trenes y los andenes correspondientes. Miraba con atención, esperando poder ver el número del andén para así poder movilizarse. Cuando su paciencia se agotó, giró para ver la estación. A su derecha, a lo lejos, un grupo de estudiantes estaban reunidos junto a su profesor. Algunos estaban sentados sobre sus maletas y casi todos estaban vestidos en una tonalidad bastante parecida, como si de un uniforme se tratase. Después su vista se desvió a algo más interesante. No tan lejos de él había una joven de cabellos rubios sentada sobre un bolso. Estaba de espaldas y parecía estar leyendo algo. Martin tuvo una extraña sensación, una corazonada o algo que le incitaba a acercarse para descubrir quién era aquella joven. Con sutileza, tomó su maleta y se acercó, fingiendo por momentos estar viendo el cartel luminoso e intentando ubicarse. Cuando estuvo cerca, se detuvo y enseguida notó que ella ni siquiera se había percatado de su presencia. Pudo verle bien el rostro. Le sorprendió su frescura y belleza austera. No necesitaba maquillaje ni nada. Su rostro podría estar lleno de barro y suciedad y sin embargo seguiría brillando como la más bella de las joyas.

Martin notó que la mujer estaba leyendo una revista de moda. Aún impactado por la belleza simple de la mujer, Martin no reparó en que ella ahora le estaba devolviendo la mirada. Sus miradas se encontraron y dijeron más que cualquier palabra. Pero no era el momento.

— *Buonasera*—dijo Martin con una sonrisa amable.

— *Buonasera*—respondió ella con una voz que demarcaba cierto cansancio y un acento extranjero.

Martin procedió a sentarse sobre el suelo, al igual que lo hacía ella.

- ¿Te molesta si fumo?—dijo Martin haciendo una seña con su mano para darse aún más a entender—No he podido hacerlo por 14 horas.
- No es molestia—dijo ella mientras Martin buscaba en su bolsillo el paquete de Marlboro— ¿14 horas?
- Así es—dijo Martin mientras colocaba un cigarrillo en su boca y tanteaba el bolsillo de su chaqueta en busca del encendedor—Largo viaje, pero que vale la pena.

Martin encendió su cigarrillo y largó el humo hacia el otro lado.

- ¿Y tú de dónde eres?—preguntó Martin ahora que se sentía más relajado.
- Moscú—dijo ella mientras cerraba la revista que ya había dejado de leer.
- Vaya—dijo Martin con una sorpresa sincera—Vacacionando, ¿no?
- No exactamente.
- ¿Quieres decir que vienes a trabajar aquí también?
- En cierta manera, sí—dijo ella—Vine en busca de trabajo.
- ¿Puedo preguntar de qué?—dijo Martin intentando ser lo más amable posible y considerado.
- Quiero ser modelo.
- Bueno, puedo asegurarte ahora mismo que no tendrás problema en lograrlo.

La mujer se sonrojó ante el cumplido y agradeció el gesto de Martin.

- ¿Y por qué Italia?—continuó Martin—Supongo que en Moscú hay muchas posibilidades también.
- Una amiga que vive aquí desde hace unos años me habló muy bien. Ella tuvo mucha suerte y pudo conseguir un contrato fijo con una agencia. Además, siempre he tenido cierta atracción por este país. Siempre lo he querido visitar.
- Y haces bien—dijo Martin— ¿Aquí en Roma? ¿O en Milán?
- No—dijo ella—En Florencia.
- Ah.

Martin dio unas pitadas más a sus cigarrillos mientras la mujer jugaba con los cordones de sus zapatillas, esperando casi tímida que Martin le volviese a hablar. Había química y atracción entre los dos, pero la timidez estaba de por medio. Quizás más de ella que de él, pero compartida.

— ¿Y tú?—dijo ella que ahora también se sentía cómoda y relajada para conversar— ¿Por qué has venido?

— Bueno, no estoy aquí de vacaciones en verdad—dijo Martin—Es más bien un viaje personal.

— ¿Cómo sería eso?—preguntó la mujer con genuina curiosidad.

Martin dudó si develar o no el propósito de su viaje, pero se sintió a gusto en la presencia de aquella joven que aspiraba a ser modelo. Hurgó en el bolsillo izquierdo de su blazer y sacó una vez más la foto. La mujer miraba cada movimiento suyo con curiosidad y atención. Martin le extendió la foto y ella la tomó. La miró con prisa y levantó los ojos a Martin, algo confundida.

— ¿Quién es?—dijo.

Martin exhaló el humo de su boca.

— Ella es la razón por la que estoy aquí—dijo Martin con una mirada que denotaba ternura.

— Parece como si pudiera ser tu hermana—le dijo ella.

Martin notó cierto tono de celos en la voz de la joven, pero lo recibió con alegría. Le parecía tierno que la joven se sintiera así por una foto de una desconocida.

— El parecido es notorio—dijo la joven.

— ¿Lo es?—preguntó Martin—Nunca nos habían dicho eso.

— ¿Dónde vive?

— En Venecia.

La joven dio una última mirada a la foto. Pasó a devolvérsela a Martin.

— Es muy bella—dijo.

— Gracias—dijo Martin y guardó la foto.

— Yo tengo un hermano también. Vive en San Petersburgo. No lo veo muy seguido.

— Eso es algo que uno lamenta, ¿no?—dijo Martin—El no poder ver a la familia. Pero la vida debe continuar el curso y si uno se queda donde está, el tren se marcha.

— Es una forma de decirlo—concluyó ella.

El cigarrillo de Martin se terminó de consumir. De repente, giró la cabeza hacia el cartel luminoso y pudo ver que el tren que tenía que tomar ya tenía asignado su andén.

— Bien—dijo Martin—Creo que me toca la plataforma 8.

La joven miró el cartel y luego su billete.

— Creo que tomamos el mismo tren—dijo ella.

Se puso de pie junto con Martin y ambos se pusieron a ver sus pasajes. Coincidían en el mismo tren.

— Si, este es el que tiene como destino final Venecia—dijo ella—Y tiene una parada en Florencia.

Martin asintió.

— ¿Qué asiento tienes? Quizás podamos viajar juntos y seguir conversando.

— Estoy en el vagón seis—dijo ella.

— Oh, qué pena—dijo él—Yo tengo el 9, bien en la retaguardia.

La mujer rió y se lamentó hasta cierto punto, pero no lo dejó entrever mucho.

— Bueno, deberíamos ir yendo.

El corto camino hacia el andén del tren lo compartieron e intercambiaron algunos comentarios respecto a la ola de gente que había parecido de quién sabe dónde para abalanzarse sobre el tren. Ella se detuvo en el andén 6 y un hombre se ofreció a subir su maleta.

— Bueno...—dijo Martin—Espero que tengas mucha suerte en Florencia y cumplas tu sueño. Como te he dicho antes, no tendrás problema.

— Gracias—dijo ella—Y yo espero que encuentres a tu hermana y puedas reunirte con ella.

Martin sonrió pero no dijo nada al respecto.

Ella hizo un ademán de acercarse a Martin para darle un beso de despedida, pero algo la frenó y no se animó. En cambio, le sonrió y dio un paso atrás, hacia dentro del tren.

— Bueno, adiós—dijo ella.

— Adiós, buen viaje—respondió Martin y se marchó.

La mujer se introdujo en el vagón 6 y Martin caminó con lentitud entre la gente que también se dirigía al vagón nueve.

En el corto trayecto, Martin tuvo una sensación extraña, como de estar dejando algo pasar, como si estuviese perdiendo algo. Se frenó un breve instante y pensó. Si se daba vuelta, perdería a la mujer para siempre, porque sabía que no había forma, que no podía ser, que no funcionaría porque no era lo que él sentía correcto.

Pero también lo deseaba. Sintió arrepentimiento hasta el punto más profundo de su ser, pero intentó mantenerse firme. Retomó el paso y se subió al vagón nueve.

Mientras esperaba que la gente terminara de abordar, Martin observaba a través de la ventana a otro tren el cual también estaba abordando. Le sorprendió la cantidad de gente que transitaba la terminal. Un fuerte golpe lo sobresaltó y giró para ver de qué se trataba. Un hombre había tirado su maleta y estaba ahora lanzando insultos ante su frustración. Vestía un saco gris oscuro bien cuidado y una corbata azul. Tomó su maleta y se acercó a Martin. Sin darle mucha importancia, apoyó un diario sobre la mesa y tomó su maleta, levantándola con cierta dificultad. La colocó en el portaequipajes de arriba, luego de atestarle varios golpes para que cupiera. Resopló varias veces, algo agitado y por último tomó asiento, al lado de Martin. Lo ignoró por completo mientras se acomodaba en su asiento. Cuando por fin estuvo quieto, suspiró, irritado. Algo lo molestaba. Echó una rápida mirada hacia el exterior de la ventana y luego se rascó con nervios la cabeza. Su móvil sonó y enfadado lo tomó y apretó un botón para que dejara de hacer ruido. Lo volvió a colocar sobre la mesa y Martin pensó cuántos golpes ya había recibido aquel aparato antes. Esporádico, el hombre se volvió a Martin.

— *Scusi*—dijo con una voz grave.

— *Prego*—contestó Martin alzando su mano.

Luego de un exhalar un suspiro cansado, el hombre se pasó la mano por la barbilla.

— Es el funeral del trabajo—dijo—La crisis se está comiendo al país. Yo soy un hombre que trabaja. Pero este gobierno...le abre los brazos a los inmigrantes ¿y qué hay de mí? Trabajo, trabajo y nada.

El hombre no estaba en verdad conversando con Martin sino que lo usaba como banco de quejas.

— Yo no soy nada sin mi trabajo. Pero este mundo es un mundo de mierda. ¿Por qué? Por la codicia de la gente. La regla básica de la supervivencia es ignorar al resto y seguir adelante. Éste es el mundo que le dejamos a nuestros hijos. Yo no quiero vivir en él. Prefiero matarme.

De repente su móvil sonó y ahora Martin pudo saber que la llamada lo estaba alterando. Lo tomó con fuerza.

— *Pronto*—dijo sin esconder su molestia—*Si, si. Allora...*

Martin escuchó por encima la conversación del hombre y pudo distinguir que se trataba de un problema de trabajo. Estaba enojado y exigía explicaciones. El problema no parecía solucionarse a simple vista y Martin decidió ignorar el resto de la conversación.

El tren por fin se puso en movimiento y no tardó mucho en levantar velocidad. Cuando pasaron el segundo túnel, después de alcanzar la primera hora de viaje, el hombre volvió a hablar con Martin. Minutos antes había estado muy callado leyendo el diario que era de la fecha anterior. Cuando no encontró nada que lo entretuviera, volcó su atención en Martin.

— ¿Dónde se baja?—le dijo— ¿En Bolonia?

— No—dijo Martin al darse vuelta—En Venecia.

— Ah, Venecia—dijo sin fingir mucha importancia—Muy bella. Pero para los negocios, no tanto. ¿Viaja por negocios?

— No, debo encontrarme con alguien.

— Oh, déjeme adivinar—dijo con cierta diversión— ¿Es su esposa? Ex esposa. ¿Con la custodia de los hijos?

Martin sonrió pero no respondió nada. El hombre rió, orgulloso de su habilidad de descubrir los asuntos de las personas.

— Es siempre así—dijo el hombre entre risas.

Martin no estuvo muy seguro de mostrarle la foto que traía consigo a aquel hombre, pero reflexionó que quizás le ayudaría a conseguir el propósito de su viaje.

Buscó con celeridad en su bolsillo mientras el hombre seguía disfrutando de su triunfo de adivinanzas. Extendió la foto y el hombre la miró.

— Qué bella—dijo con una sonrisa que le hizo pensar a Martin que quizás el hombre no era tan materialista como parecía—Pero las mujeres son así. Ellas dicen que nosotros jugamos con sus corazones, pero creo que es al revés. ¿Tiene fotografías de sus hijos?

— No, no tengo.

— Se parece a mi mujer—dijo el hombre devolviendo la foto—Pero con el pelo rubio. ¿Vive en Venecia?

— Creo que sí—respondió Martin.

De repente el teléfono móvil del hombre sonó una vez más, y con una renovada molestia, el hombre contestó. Martin no recordó que pasó después

ya que cayó dormido al poco tiempo de guardar la foto en el bolsillo.

Cuando se despertó, el tren estaba detenido y el amanecer asomaba de a poco. La noche dejaba lugar al día. En una pantalla superior del tren marcaba en letras grandes y azules <<Bologna>>. Martin echó una mirada hacia el exterior del tren y volvió a confirmar que de hecho estaban en Bolonia. Giró para ver al lado suyo y el hombre ya se había bajado, mientras él estaba durmiendo. Le pareció raro cómo no se despertó ante los probables ruidos que el hombre debía haber hecho para poder sacar su equipaje. Mientras reparaba en ese pensamiento y en despertarse por completo, Martin sintió el movimiento del tren que retomaba velocidad y partía de la estación de Bolonia.

El tramo hasta llegar a la estación Santa Lucía en Venecia no le pareció largo y antes que se diera cuenta ya estaba bajando su maleta y pisando la estación de la ciudad de los canales.

Era temprano a la mañana de un domingo y el tumulto de gente era considerable. Al salir de una vez de la estación, la hermosa Venecia lo recibió como lo había recibido diez años atrás. El calor y la dulzura que la caracterizaban. El día era hermoso. Ni una nube en el cielo y el sol brillante de fines de abril. Mientras bajaba los escalones de la estación de trenes, la gente le pasaba por al lado y Martin no podía creer que estaba de vuelta en aquella ciudad tan encantadora. Se puso en marcha y tirando de su maleta carro se mezcló entre la multitud. Pasó por el Puente de los Descalzos, que se mantenía firme y lleno de gente como lo recordaba. En los primeros pasos que dio después de pasar por el puente, más de 3 vendedores distintos de origen hindú le ofrecieron máscaras características del Festival de Venecia, camisetas con la frase <<I love Venezia>> bordada en el centro.

Agradeció a cada uno que le ofreció y se adentró aún más en la multitud que se agrupaba en una estrecha calle repleta de turistas, vendedores y gente local, que vivían allí. Salían de sus casas y se encontraban con personas de todos los países, sacando fotos, hablando en todas las lenguas posibles y acaparando las *trattorias* que ya habían comenzado a trabajar desde temprano.

Martin pasó por al lado de un hombre que hablaba casi gritando por teléfono. Se enfureció aún más cuando casi se lleva por delante a un grupo de turistas que estaban detenidos sacándole fotos a la particular arquitectura de las casas de Venecia. Exclamó algunos insultos y siguió

caminando. Martin rió. Estaba una vez más en aquella tierra tan fascinante. Por supuesto que era distinto lo que sentía ahora que lo que sintió diez años atrás. Pero ese era otro tema.

Pasó por delante de una *trattoria* en particular a la cual le dedicó una larga mirada. Sobre el pequeño toldo que la cubría del sol se podía leer <<*Tritorno de la Bella Venezia*>>. Antes de hacer nada, prefirió llegar al hotel y por lo menos registrarse y poder dejar la maleta. Caminó unos metros más y cerca de dos puestos de venta callejera de máscaras venecianas por fin llegó al hotel. No ingresó enseguida, se quedó viendo la parte alta del hotel, el nombre en letras mayúsculas grandes. <<Hotel Continental>>. Ya había estado allí diez años atrás. Lo había amado y lo había odiado a la vez. Ambas por razones muy diferentes.

Dio un paso adelante y traspasó la puerta automática de la entrada del hotel. Avanzó hasta la recepción mientras las ruedas de su maleta hacían ruido sobre el piso de mármol. El recepcionista del Hotel Continental era un hombre grande, con el pelo canoso y rastros de calvicie comenzado a asomar. Sin embargo, vestía de manera impecable y detrás de las gafas finas que usaba se escondían unos ojos verdes oscuros.

Miró a Martin y no dijo nada. Era él quien tenía que tomar la iniciativa. En Venecia por lo general eran así. Más introvertidos, más secos que en Roma. Pero bueno, era parte del encanto, según Martin.

— *Buongiorno*—dijo Martin y el hombre asintió sin responder—*Ho una prenotazione.*

Luego de chequear la reserva y hacer el registro, acciones que el recepcionista realizó con cierta molestia, como si no quisiera atenderlo, Martin dejó su pasaporte y fue entregado con la llave de la habitación. El botones apareció casi de la nada y atento, tomó la maleta de Martin y lo guió hasta el ascensor. Lo curioso de aquel hotel de Venecia (y de quizás la mayoría de los lugares en Italia) eran los espacios pequeños. El ascensor parecía una ventana alta, era demasiado angosto para que pudiera entrar de frente un hombre corpulento y alto. Las puertas estaban cubiertas de un material alfombrado y gris. Martin se rio al recordar el problema que había sido entrar con más de una maleta aquella primera vez que se alejó en este hotel. Notó que el mismo cartel de <<Capacità fino a 4 persone>> seguía intacto, nada más que ahora le habían agregado carteles de conexión a internet inalámbrica por todos lados.

El trayecto en el ascensor fue corto. Llegaron al piso 3 y el botones salió primero, llevando la maleta con prisa y sin mirar atrás a Martin. Lo siguió hasta la habitación 305. No era la misma en la que había estado antes, pero estaba en el mismo piso.

El botones abrió la puerta y dejó la maleta allí nomás. Dejó pasar a Martin y esperó firme afuera de la habitación.

— *Prego*—dijo y se dio a entender.

Martin buscó en su billetera y le entregó un billete de cinco euros. Supuso que era suficiente, pero con la crisis actual nada lo era para ellos. El botones agradeció y con leve movimiento de cabeza, se despidió. Martin cerró la puerta y caminó hasta la cama de dos plazas que tenía delante. Estaba todo ordenado y muy cuidado.

El característico olor de Venecia inundaba su cuarto y le pareció reconfortante por un breve instante.

Acercó su maleta más sobre su cama y se desplomó sobre el cómodo colchón cubierto de sábanas blancas y frazadas de un color mostaza. No le llevó mucho tiempo cerrar los ojos y quedarse dormido por un minuto. Aún seguía cargando con el cansancio provocado por el extenso vuelo de 14 horas, el jet lag y el viaje en tren. Había cerrado y dormido en ambos viajes, pero nunca tan profundo como lo haría sobre un colchón en posición horizontal.

Soñó sobre su primera visita a Venecia. Más que soñar, fue una mezcla de imaginación y recuerdos. La habitación en la que se encontraba era distinta, daba hacia la calle y a los edificios. Sentía el cálido sol de una tarde de fines de abril. Estaba de pie, observando el constante flujo de gente que transcurría una de las vías principales de Venecia, la cual atravesaba la estación de trenes y seguía hacia el Puente de la Constitución y más allá, perdiéndose en una zona que no conocía.

El sol le pegaba en la cara pero no le molestaba. Llevaba una chaqueta tirada encima de una camisa lisa de color azul oscuro y los pantalones negros. En la cama matrimonial que yacía detrás de él había otra persona. La cabellera negra sobresalía de entre las sábanas. Dormía profundo y dándole la espalda a Martin.

El sueño no tardó en mezclar otros recuerdos de su anterior visita a Venecia. Se encontraba ahora sentado en la mesa de una pequeña *trattoria* ubicada en el centro de una plaza encerrada por casas.

Martin llevaba puestas unas gafas oscuras y una expresión indiferente en el rostro. Hacía caso omiso de la mujer que se sentaba en su mesa.

Estaba intentando concentrar su vista en los integrantes de la mesa detrás. Había cuatro personas. Dos mujeres, dos hombres, seguramente parejas. O al menos, eso pensó Martin.

Una de las mujeres le llamó la atención por su extremada quietud al oír lo que sus amigos charlaban. Temas de política quizás, aunque Martin no estaba seguro. Su italiano era inexistente en esa época.

Encima de su mesa había una pizza de cantimpalo a medio terminar. Martin se había comido ya dos porciones, mientras que la mujer que tenía enfrente no había terminado la primera. Las copas de vidrio estaban llenas del mejor vino que aquella trattoria podía ofrecer. Martin tomó la suya y se dispuso a beber, mientras mantenía la mirada fija en la otra mujer.

El sonido del teléfono lo sacó de sus sueños y recuerdos. Luego del tercer pitido, Martin levantó el auricular y habló en su lengua. Se había olvidado del italiano por un breve segundo. El recepcionista le informó que ya podía bajar a buscar su pasaporte y que el *check in* ya estaba hecho. Agradeció y dijo que bajaría enseguida.

Colgó el teléfono.

Buscó entre su bolso de mano para cerciorarse que su equipo fotográfico aún estuviese allí y se palpó el bolsillo izquierdo de su blazer. Acto seguido, salió de su habitación.

Luego de recoger su pasaporte en recepción, salió del Hotel Continental. El flujo de personas era el mismo que hace 10 años, quizás hasta un poco más. Venecia siempre tenía turistas y cuando se acercaba la época del Carnaval, en inicios de la cuaresma, era imposible caminar.

Pero aquel día uno se podía trasladar, después de todo. Y no era que Martin tenía que hacer mucho. El objetivo de su viaje era preciso y no perdería más tiempo.

Caminó la corta distancia hasta la trattoria a la cual había visto con detenimiento al llegar. <<*Trattoria de la Bella Venezia*>>.

Antes de poder siquiera acercarse, tuvo ofertas de dos vendedores provenientes de Bangladesh, y un anciano que le ofrecía comer las mejores pastas de Venecia.

Martin fue amable al negarse y pudo notar que el anciano no respondió muy bien a su negativa. Sin embargo, dio los últimos pasos hacia su objetivo.

En el exterior de la *trattoria* había una mujer no muy alta, pero corpulenta, con el cabello negro azabache, atado en una larga cola. Tenía los cachetes redondos y la tez blanca. Los labios estaban pintados de rojo vivo y manchaban la colilla del cigarrillo que fumaba de manera intensa. Vio acercarse a Martin enseguida y luego de largar el humo hacia otro lado, le habló.

- *Buongiorno*—dijo cuando Martin se detuvo en la entrada.
- *Buongiorno*—dijo Martin y se le acercó.
- ¿Qué le gustaría comer hoy? Tenemos spaghetti, pizza. Del tipo que quiera.
- No, le agradezco. Estoy buscando a alguien.

La mujer arqueó las cejas y dio una nueva pitada su cigarrillo mientras Martin buscaba la foto en su bolsillo.

— Ella trabajaba aquí, hace 10 años—dijo Martin mostrándole la foto  
—Trabajaba como *maitre*.

Martin observó mientras la mujer miraba con detenimiento la foto. Esperó dos pitadas más hasta volver a hablar.

— ¿La reconoce?—dijo Martin.

— Mmm...—dijo ella torciendo la boca—No, creo que no...

La mujer resopló y miró hacia un costado mientras las palabras le vinieron a la mente.

— Soy nueva—retomó con el acento grave—Pero mi compañero ha trabajado aquí más tiempo que yo. Él sabe.

Lanzó su cigarrillo en medio de la calle y estuvo cerca de impactar contra la bolsa de compras que cargaba un hombre grande con rasgos orientales.

Martin le asintió y esperó paciente afuera. Al fin y al cabo, para eso había viajado. Y tenía todo el tiempo del mundo.

Se quedó viendo a la gente pasar y no se aburría. La mujer, que era *maitre*, tardó menos de diez minutos en volver. Según lo que Martin pudo descifrar, el compañero estaba en el baño, y algo enfermo. Por tal razón, su malhumor y apatía se hicieron notar sobre su rostro cuando miró a Martin y a la foto. Luego de pensar y decir un par de cosas para sí mismo, se volvió a Martin.

— Lo siento, señor—le dijo en un acento bastante cuidado—Creo que no puedo ayudarle. Verá, si esta mujer trabajó aquí hace 10 años, se debe haber ido antes que yo comenzara.

— ¿Cuándo comenzó usted?—se atrevió a preguntar Martin para sacar sus propios cálculos.

— Unos tres o cuatro años. Por eso le digo, se debe haber ido antes.

— ¿Y no hay nadie más antiguo? ¿El dueño, tal vez?

— No ha vendido. Y el personal es nuevo.

Martin miró la foto en sus manos por unos instantes. Luego levantó la vista hacia el hombre y la *maitre*, que parecían no tener otra cosa que hacer más que hablar con él.

— Bien, agradezco su ayuda.

— *Prego, signore*—dijo el hombre y Martin pudo ver que se sentía

aliviado al volver a hablar en su propia lengua.

— *Grazie*—dijo Martin y guardó la foto.

El hombre se alejó y volvió hacia dentro de la *trattoria*. <<Quizás a terminar lo que había empezado en el baño>> pensó Martin. A pesar de darle la espalda, la *maitre* no se alejó de él y le volvió a hablar cuando Martin estuvo a punto de marcharse.

— Disculpe, señor—dijo— ¿Para qué la busca a esa mujer? ¿Es una amiga suya?

— ¿Por qué desea saberlo?—le dijo Martin intentando evitar la pregunta.

— Porque hay formas de encontrar a una persona en Venecia. Si es que ella vive en Venecia.

Martin pensó por un largo instante.

— Si usted quiere—continuó ella—puedo ayudarlo a encontrarla.

— Sí, es una amiga mía—dijo Martin—Creo que la mejor que tengo. Agradecería mucho si me pudieras ayudar.

— No es molestia—dijo ella y la dureza de su rostro desapareció para dejar lugar a una gentileza intocada.

— Me quedo en el Hotel Continental, habitación 305.

— Lo llamaré si encuentro algo. Mi nombre es Lorenza.

— Gracias.

Lorenza le sonrió y Martin se despidió.

No tenía un objetivo claro a dónde ir. Decidió recorrer la ciudad una vez más para invocar las sensaciones que tuvo la primera vez.

Hizo fila para tomarse el famoso *vaporetto* con destino a otra zona más alejada de la ciudad. No sabía adónde iba a parar, pero quería sentir esa incertidumbre y ver qué le deparaba el día.

El bus acuático no tardó en llegar. Quince personas más se subieron con él. Viajó solo hasta la primera parada. En Piazzale Roma se subió más gente. Martin consideró ir hasta Lido o Torcello, por la extrema calma que había allí. Sin embargo, estuvo un tiempo más encima del *vaporetto*. Dos filas más adelante, una mujer vestida demasiado formal para el transporte diario se sentó. Lo que Martin notó enseguida era que tenía el pelo rubio atado y vestía una ajustada chaqueta de cuero de color suela, encima de una camisa blanca. Martin pensó por un breve instante que se podía tratar de ella. Su anhelo hacía que cada mujer parecida a la foto fuese ella. Pero intentó

retractar ese pensamiento.

La mujer que tenía delante giró la cabeza hacia un costado, para mirar a través de las ventanas del barco. Tenía lentes grandes pero no muy oscuros. La luz chocaba contra su mejilla derecha, iluminando esos hermosos cabellos rezagados que le caían por delante de la oreja.

Martin supo en el instante que no se trataba de ella. Lo entristeció un poco, pero luego pasó a recordar que estaba en Venecia y ese pensamiento le devolvió el ánimo.

Sintió deseos de levantarse e ir a hablarle. Después de todo, el asiento al lado estaba vacío.

Cuando se decidió, ella se puso de pie y esperó que el *vaporetto* atracara en la próxima parada en la parte delantera. Martin volvió a afirmar la innegable belleza de aquella mujer. Y su elegancia era digna de respeto.

La observó marcharse y prefirió mantener la ilusión. Después de todo, no le haría ningún daño.

Decidió que iría a la plaza San Marcos. Sabía que lo muy probable fuese que estuviera repleta de gente, pero reparó en el hecho de que no había sacado ninguna foto aún y era algo que tenía que empezar a hacer. Y la Plaza San Marcos presentaba más de una oportunidad de sacar una buena foto.

Cuando arribó, lo que había pensado se había concretado. Pero no le molestó. Se hizo camino entre la multitud y le sorprendió la cantidad de niños que vio, que quizás estaban en alguna especie de excursión escolar. Se chocó primero con el Palacio Ducal y luego con la Basílica de San Marcos, imponente como siempre. La gente no podía dejar de mirar hacia arriba, con las bocas abiertas, admirando cada una de las estatuas que se erguían en lo alto, los arcos y el mármol. Sobre el balcón de la Basílica había más gente sacando fotos. Los 4 caballos del centro de la estructura yacían firmes a la luz del sol. Martin podía quedarse a contemplar por horas semejante construcción humana. Pero también quería ver lo que tenía detrás y a los costados, y adelante. Quería ver de nuevo cada detalle.

Se adentró en la Plaza, entre la gente y las palomas que planeaban las cabezas de los turistas. Allí sacó su equipo fotográfico y comenzó a obturar. En la primera foto que sacó había una madre junto con sus dos hijos varones. La madre se había puesto comida en las manos y se había quedado quieta como una estatua. Las palomas no tardaron en llegar y posarse sobre sus manos. Una tercera se apoyó sobre su cabeza y la madre respondió con

una sonrisa nerviosa, opacada por las carcajadas de sus hijos.

La segunda foto que sacó eran dos amigas de origen japonés sentadas en un banco comiendo helado. Ambas usaban capelinas iguales. Jamás notaron a Martin ni la foto.

Después de varias fotos más y algunas dedicadas al espectáculo arquitectónico en sí de la Plaza, Martin tomó asiento sobre un escalón, de espaldas a un glamoroso local de ropa.

Contempló la gente y sus rostros. Los niños correr y jugar con las palomas. Los adultos no dejando un instante sus cámaras fotográficas compactas y gente común pasar y pasar. Desde que había arribado, una banda tocaba música clásica que coincidía con el lugar. Todo era perfecto.

Encendió su cámara digital y revisó las fotos que había sacado. Se quedó mirando un largo rato cada una. Sin notarlo, una joven se le había acercado y miraba por encima de él lo que estaba viendo en la pantalla LCD de la cámara.

— Muy lindas fotos—dijo la joven y Martin se dio vuelta.

El hecho de que no hablara italiano no le sorprendió tanto como la dulzura inmediata que trasmitían los ojos castaños de la primera admiradora que Martin tenía.

— Espero que no te moleste que haya estado viendo—prosiguió— Pero no lo pude evitar. Veo que no son fotos de la plaza en sí, más bien son retratos de personas.

Martin siguió sin decir nada pero no logró darse cuenta que estaba siendo grosero al no responder. La mujer entonces se sintió algo tonta y entendió que se había equivocado.

— Oh, lo siento—dijo ella—Qué tonta soy. Te estoy hablando en inglés y seguro no entiendes nada.

Martin reparó en que no había dicho una palabra y reaccionó.

— No, lo siento. No me di cuenta. Te estaba escuchando. Gracias. Me alegro que te gusten mis fotos.

La joven se sintió más cómoda para bajar un escalón, pero no se acercó del todo a Martin.

— ¿Por qué te gusta tomar fotografías de las personas?—dijo— Quiero decir, me parece raro que alguien que visite Venecia esté más interesado en las personas que en la ciudad.

- Bueno—dijo Martin mientras se acomodaba—Creo que las fotos de monumentos y construcciones famosas está muy bien y que son necesarias. Si no, nadie que no viviese aquí sabría qué hay en otra parte del mundo, ¿no? Sin embargo, creo que las fotos la hacen las personas.

Ella sintió un genuino interés por la explicación mundana de Martin.

- Uno puede sacar foto de lo que sea—continuó—de las iglesias, de los arcos, de las paredes y puertas. Pero si no hay elemento humano, si no hay, por ejemplo, un rostro de alguna persona, aquel que ve la foto se siente en un abismo. No tiene donde pisar firme. No tiene identificación con la foto. Es estructura, construcción, objetos. Muy bellos, eso sí, e imponentes. Pero cuando está presente el elemento humano, la foto cobra el doble de fuerza. Al menos eso creo yo.

La joven reparó unos segundos en Martin, en su vestimenta y su cámara.

- ¿No tendrás una foto de mí escondida por ahí, verdad?—dijo ella en tono de broma—No quiero imaginar que me has visto haciendo alguna tontería y decidiste tomarla.
- No—dijo Martin con una sonrisa amplia—No lo he hecho. Pero podría.
- ¿Sí?—Martin se sorprendió ante la extraña respuesta. Por lo general, la gente común se rehusaba a dejarse sacar una foto—¿Dónde quieres que me ponga?
- Aquí está bien—dijo Martin.
- ¿Aquí? ¿No es mejor algún lugar un poco más interesante, más conocido?
- El lugar no importa tanto. Ya verás que lo que hará interesante esta foto serás tú.
- De acuerdo—parecía casi como un juego de apuestas la conversación—¿Me siento aquí?
- Donde quieras. La idea es que te sientas cómoda.

Se sentó en el escalón junto con Martin. Se giró para ver hacia la cámara, con las piernas juntas y la cabeza apoyada sobre una mano. Martin miró a través del ocular y sacó varias fotos a la vez. Ella se movió un poco y él continuó sacándole fotos. La joven se rió y Martin alejó la cámara, sonriendo también.

— ¿Quieres verlas? – dijo y antes de que pudiera acercarle la cámara, ella ya se había arrimado junto a él y estaba ahora mirando la pantalla de la cámara.

Dijo algunos comentarios respecto a que no tenía maquillaje puesto, que ese día su pelo era un desastre y que se veía rara en las fotos. Martin le dijo que todo ayudaba a que la foto tuviese más vida.

Luego de hablar un poco más, decidieron levantarse y caminar por el centro de la plaza, entre las palomas. Martin tomó algunas fotos más, pero se la pasó hablando, cosa que le resultaba extraña para sí mismo. Decidieron volverse juntos en el *vaporetto* cuando el sol empezó a caer y el calor del día menguaba.

Una vez abordo, Martin señaló su fascinación por navegar y que le gustaría, algún día, hacer un viaje por mar largo y lejos.

— ¿Tú eres de aquí?—le dijo cambiando de tema— ¿De Venecia?

— Sí. Vivo aquí.

— ¿Pero has nacido en Venecia? Pregunto porque me sorprende la facilidad con la que hablas inglés.

— No, no nací aquí.

— Ya me parecía—dijo Martin sonriendo— ¿De dónde eres?

— Nueva York—dijo—Me vine a vivir aquí hace ya unos años.

— Es un cambio interesante New York y Venecia.

— Sí, pero no lograba soportar más estar allí. Necesitaba...

— Cierta desconexión—se animó a completar Martin.

— Más bien un cambio. Necesitaba incluir algo de tranquilidad en mi vida.

— Sé cómo se siente.

Martin notó que había más en el trasfondo de la cuestión, pero no quiso ser entrometido. Después de todo, recién la había conocido y no quería herir sus sentimientos.

— De todas formas, me vine aquí y he vivido bien desde entonces.

— ¿Eres feliz aquí? ¿Te gusta?

— Sí, y mucho. Hay algo en esta ciudad que te atrapa y no te deja ir.

— Deben ser las pequeñas calles misteriosas.

Martin rió y ella también.

— ¿Nunca has caminado por Venecia a horas de la noche? Te aseguro que es una experiencia que no puedes dejar de hacer. Es más, hay un

tour nocturno que recorre los lugares donde se dice que hay apariciones de fantasmas.

- Creo haber escuchado algo de eso.
- Es increíble.
- ¿Tú lo has hecho?
- Así es.
- ¿Y? ¿Puedes decir que hay fantasmas en Venecia?
- Depende si crees en que hay otra vida o no.
- Supongo que creer que hay fantasmas significa creer que hay vida después de la muerte.
- No necesariamente. Puede tratarse de energía más que de otra vida.
- No lo podría decir—dijo Martin y giró para ver el ocaso dar sus últimos rayos de sol sobre las aguas de Venecia—Jamás le he dado mucha importancia. Y no creo que empiece ahora.

Se volvió con una sonrisa hacia ella, que ahora parecía ofendida. Reparó en el hecho de que quizás había herido sus sentimientos e intentó remediarlo.

- Lo siento, no quise---
- No, no es eso—ella se mostró amable—Estaba pensando si en verdad habría una posibilidad...
- ¿De qué? ¿De que haya fantasmas en Venecia?
- No—dijo ella—De que hubiese otra vida.
- ¿No se trata de energía más bien?—le dijo Martin intentando animarla.

Ella sonrió.

- ¿Qué te parece si cenamos juntos hoy?

La propuesta la encontró con la guardia baja.

- El sol ya casi se pone y yo no he comido nada desde el mediodía—dijo Martin—Y hasta quizás eso no haya sido suficiente. ¿Qué dices?
- De acuerdo—dijo—Pero debo volver a casa primero. ¿Te parece bien que nos encontremos más tarde? ¿Dónde te alojas?
- En el Hotel Continental.
- Bien, ¿quieres que nos encontremos en el *Ponte delle Guglie*? ¿Sabes dónde está?
- Sí. ¿Cómo haremos para comunicarnos?

— Yo te llamaré al hotel y saldremos.

— De acuerdo. Pero me llamarás, ¿verdad?—bromeó Martin— ¿No me dejarás planteado?

Ella rió, con dulzura.

— No podría.

Cuando Martin volvió al hotel, se desplomó sobre la cama. Cerró los ojos y se quedó dormido.

Estaba otra vez de pie mirando hacia la ventana, con el sol cayendo de frente. La mujer en la cama se movió y Martin pudo distinguir que se había despertado. Giró para verlo. Martin se dio vuelta y la observó. Parecía la primera vez que la veía de verdad. Tenía los ojos pardos y la boca fina, con una expresión fría en el rostro mientras lo miraba. Martin bajó la vista y se alejó de la ventana. La mujer sintió la tensión del momento. Cuando Martin estaba de espaldas a ella, desviando su atención en la rugosa pared color mostaza del hotel, la mujer se sentó en la cama.

— ¿Por qué no me hablas?—le dijo ella y la primera respuesta de Martin fue puro silencio.

Acto seguido se movió, de regreso a la ventana. La abrió y dejó entrar los ruidos provenientes de la calle. Se dispuso a mirar para abajo, la gente pasar.

— Pensé que ya habíamos pasado esto—volvió a decir la mujer— ¿No era ése el propósito de este viaje?

Martin suspiró y caminó hacia uno de los dos sillones paralelos que tenía la habitación. Se sentó con la mirada fija en el suelo, golpeando las manos entre sí.

— No entiendo por qué te comportas así—dijo ella—He intentado todo para que esto funcione. Y sé que te importa a ti también, de otra manera no hubieses aceptado venir. Pero creo que estás siendo egoísta. Yo también me siento frustrada. ¿Crees que esto es como imaginaba que mi vida sería?

Martin dejó de golpear las manos y buscó en el bolsillo de su pantalón oscuro.

Sacó un paquete de cigarrillos y se encendió uno, para el asombro de la mujer.

— ¿Desde cuándo fumas?—le preguntó sorprendida mientras él largaba el humo de la pitada inicial. Mientras fumaba, miraba hacia la ventana, a pesar de que mucho no podía ver. El sol se había puesto aún más y ahora daba de manera adyacente sobre la habitación, tornándola amarilla y cálida.

Sin embargo, ellos eran fríos. Luego de la segunda pitada, Martin se dejó el cigarrillo en la boca y buscó su bolso donde tenía el equipo fotográfico, por aquel entonces no incluía la cámara digital. Se dispuso a cambiar de rollo, que se había acabado aquel día. Sosteniendo el cigarrillo en la boca, frunció las cejas y realizó el cambio.

La mujer se rindió luego de una larga mirada llena de resentimiento hacia Martin.

Tomó el control remoto de la mesa al lado de la cama y encendió la televisión. El canal de música que había quedado la noche anterior sonó con fuerza, una canción movida en italiano.

Martin ni se mosqueó.

\*\*\*

El teléfono volvió a sonar, trayéndolo de regreso. Atendió y le informaron que tenía una llamada. La aceptó y del otro lado la voz de la joven cumplió la promesa. Quedaron en verse en el Ponte Delle Guglie a las 8:30. Martin miró su reloj, se había quedado dormido unos 20 minutos.

Se dio un baño caliente, se vistió y aguardó que se hiciera la hora. Bajó a recepción, dejó la llave y salió a la noche veneciana, que ahora estaba rondando los 14, 13 grados centígrados, frío para donde Martin vivía.

El Ponte Delle Guglie no estaba muy lejos del hotel y no tardó en llegar. Como todas las noches, estaba bastante concurrido y más aún a esa hora. Personas se sacaban fotos como si recién hubiesen llegado (y quizás era así)

Decidió que podía sacar una buena foto nocturna del canal Cannaregio. Sacó un mini trípode siempre cargaba consigo para no tener que llevar el equipo pesado y lo colocó junto con la cámara encima de la baranda del puente, asegurándose que tuviese la correa de la cámara pasada por encima de la cabeza para evitar desgracias.

Configuró los ajustes de la cámara y sacó varias fotos. En ese corto período, observó que una persona se acercaba al puente, desde el lado derecho del mismo. Martin tardó unos segundos pero se dio cuenta que era ella, su cita. Desmontó la cámara del trípode y lo guardó en su bolso. Giró para verla llegar.

— ¡Hola!—le dijo ella con una sonrisa.

Ella se había cambiado de ropa y se había puesto base y maquillado los ojos, resaltando el color pardo. Martin también notó que el pelo había sido trabajado y producido para aquella noche. Hicieron referencia a lo frío y hermoso de la noche y luego decidieron ponerse en marcha. Martin le preguntó qué buen lugar había para ir a comer y ella le respondió que conocía uno no muy lejos.

Caminaron unas cuadras en las que volvieron a hablar de las fotografías y de los misterios de Venecia. Esta vez, ella no parecía tan afligida como antes. Reía aún más y se sentía cómoda.

En un momento, Martin se sintió invadido por el recuerdo no invocado de su primera estadía en Venecia. Estaba casi en el mismo lugar, detenido

observando un local de venta de máscaras venecianas y disfraces. Miraba el disfraz que estaba exhibido en la entrada; una túnica negra larga, una máscara dorada que dejaba expuesta nada más que la boca del maniquí y un sombrero napoleónico negro, con detalles también dorados.

— ¿Me estás escuchando?—dijo un voz y no era la de su cita.

Martin sacó una foto. Siguió caminando. La mujer que tenía al lado (y la cual no era su cita) caminaba unos pasos atrás. Seguía diciendo cosas, referidas al comportamiento y actitud de Martin pero él la ignoraba.

Martin se sorprendió a ver el lugar que había escogido su cita para cenar algo. Era el mismo al cual había ido hace 10 años, con quien era su esposa.

No dudó en entrar ni tampoco se mostró afectado, sino que sonrió e hizo sentir bien a su compañera. Se sentaron y pidieron el *primo piatto*; *spaghetta la carbonara*.

— Entonces...—dijo ella—dijiste que esta no es la primera vez que vienes aquí, ¿verdad?

— No—dijo él—Vine hace diez años.

— Diez años. Cuánto tiempo.

— Sí, lo es.

— ¿Y cómo encontraste Venecia?

— Bueno, la encontré por lo general igual, pero... Me parece que en verdad la veo diferente porque *yo* me siento diferente.

Ella asintió.

— ¿Y la primera visita dejó algo en ti, después de tanto tiempo? Digo, ¿te marcó de alguna forma?

— Claro que sí—dijo Martin mientras bebía el vino que ya habían traído

— ¿De qué manera? Si puedo preguntar...

— Bueno...en primer lugar el idioma. Apenas regresé comencé a estudiarlo y aprenderlo.

— ¿Y en segundo lugar?

Martin no respondió sino que sacó de su bolsillo el paquete de cigarrillos y se lo mostró, riéndose.

— Ya veo—dijo ella también animada—No fumabas antes.

— Es una de las cosas que más me llamó la atención—dijo Martin mientras dejaba el paquete sobre la mesa—No digo que sea algo

malo, pero me sorprendió cómo fuman aquí. La mayoría de las personas.

- Y creíste que fumando te sentirías parte del <<grupo de amigos>> —dijo ella bromeando.
- Más que eso, me parece que fue algo inconsciente. Una noche me sentí con ganas y no he dejado hasta ahora.
- Bueno, no sé si eso es algo bueno o malo.
- Es un poco de ambos, creo. Sin embargo, cierta ironía no deja de hacerme gracia.
- ¿Qué ironía?
- La gente de aquí fuma bastante, hasta demasiado se podría decir. Pero uno puede ver cada dos metros carteles de *Vietato Fumare*. Y yo no puedo evitar largarme a reír.

Bebió un sorbo más de vino cuando el *cameriere* apareció de pronto en la mesa, con una expresión enojada en el rostro.

- *Scusi, signore*—dijo mirando de manera reprobatoria a Martin—No se permite fumar aquí. Por favor, remuévalos de la mesa o tendré que pedirle que se retire.

Martin se disculpó con un enérgico ademán y enseguida guardó el paquete de los cigarrillos.

- *Grazie, signore*—le dijo el mozo.

El mozo se marchó. Martin y su cita se rieron casi como en secreto.

- Más me vale guardarlos—dijo Martin—No quiero tener problemas con estos tipos, suelen ser muy temperamentales.
- Ni que lo digas—dijo ella—Espera vivir un tiempo aquí y entenderás mucho más.
- Bien, ¿en qué estábamos?—dijo Martin mientras terminaba de acomodar el paquete de cigarrillos en su bolsillo.
- En conclusión—dijo ella—estábamos diciendo que venir a Italia te arruinó la salud y te hizo un adicto a la nicotina.

Se rieron juntos y antes de poder iniciar algún tópico nuevo de conversación, el *primo piatto* ya había arribado.

Martin bromeó con la posibilidad de que el *cameriere* hubiese escupido en su plato, pero luego de darle la primera prueba terminó por no importarle ya que aquellos spaghetti estaban deliciosos. Tan frescos y ricos como la primera vez que los había probado.

Siguieron hablando durante la comida de distintos temas y por suerte para Martin ninguna pregunta surgió respecto a su anterior visita a Venecia o respecto a su regreso. Al menos, no por ahora.

- *Dessert?*—dijo el mozo cuando vino a recogerle los platos vacíos.
- No, *grazie*—dijo ella antes que Martin pudiera decir algo. El mozo se retiró sin darle importancia a él—Espero que no te moleste. Conozco otro buen lugar donde podemos ir a tomar un buen café.
- Perfecto. Déjame pagar y estaremos en marcha.
- No, no podría—dijo ella—Déjame pagar la mitad.
- Nada de eso, insisto. Si quieres puedes pagarme el café—bromeó Martin e hizo ademanes al mozo, quien retornó algo molesto a la mesa.
- *Signore?*—dijo al llegar.
- Il conto, per favore—dijo Martin.
- La dolorosa, subito —y se marchó.

Martin rió y miró cómplice a ella quien sonreía también.

- Es una forma de ponerlo—dijo Martin.

Salieron de aquella *trattoria* en camino del lugar donde hacían cafés exquisitos. Una vez que llegaron, se sentaron contra una ventana que daba a la calle. Se pidieron un café cada uno.

- Sabes, tengo una duda—dijo ella luego de que terminaran de tener una conversación más trivial— ¿Por qué has regresado después de tanto tiempo? Quiero decir, no mucha gente viaja sola a Venecia.
- Bueno, no vine solo la primera vez—se sinceró Martin quizás por la cafeína, quizás por el lugar, quizás por la compañía, no sabía.
- Eso pensé. Aunque algo me dice que es un tema del cual no te gusta hablar.
- No me molesta, pero prefiero no mencionarlo.
- Entiendo.
- Pero puedo decirte por qué volví. Quizás hasta me puedas ayudar.

Ella pareció animarse y Martin dudó en continuar lo que sin querer había comenzado a decir, pero se sentía a gusto y no tenía nada que perder.

- Vine aquí buscando a alguien—la excitación en el rostro de ella no se había menguado aún—Tengo su fotografía aquí mismo.

La mujer se extrañó mientras Martin buscaba la foto y se la extendía, por encima del centro de mesa.

— No entiendo, si buscas a alguien conocido y tienes su foto, ¿cómo no sabes dónde vive o cómo contactarla?

— Porque no es alguien conocido—dijo Martin y ella reparó en la foto.

La observó bien por primera vez. Miles de teorías se le cruzaron por la cabeza. Al final, sólo pudo decir una cosa.

— ¿Por qué la buscas?

— ¿Te resulta conocida?—dijo Martin después de unos segundos—  
Vive aquí, en Venecia.

La mujer volvió a analizar la foto.

— No estoy segura. No creo haberla visto nunca. ¿Sabes con seguridad que vive aquí?

— Eso creo, ¿por qué lo dices?

— Quizás trabaje aquí pero viva en otra parte.

— Sería poco probable, ¿no? O quizás no.

— ¿Es tu esposa? - le dijo ella

Martin despegó la mirada de sus ojos y tardó en responder.

— Lo siento—ella le devolvió la foto—Pensé que habías venido a Venecia con tu esposa y ella se había quedado aquí. Lo siento.

Bueno, eso no está tan lejos de la verdad.

La mujer se sorprendió ante la respuesta. Por dentro, Martin estaba invadido de dudas.

— ¿Entonces has regresado para reconciliarte?—le dijo ella y Martin se quedó en silencio, escuchándola—Pero ella no quiere verte. Por eso no sabes dónde vive ni tienes su número de teléfono. Sólo tienes una foto que sacaste durante su luna de miel.

Ella parecía afectada. No eran celos, era más bien tristeza. Como si las palabras que ella decía se las estuviera diciendo él, revelando la imposibilidad de que algo pudiera pasar entre los dos.

— Supongo que ella debería darte una oportunidad—dijo—Después de todo, nadie viaja a Venecia en busca de su ex esposa sin que la ame de verdad.

Martin extendió su mano sobre la de ella y la sintió algo fría.

— Oye, no quiero que te sientas mal—dijo Martin—Eres una buena persona y me agradas mucho. Pero...vine aquí con un propósito. Y

aunque ahora mismo ese propósito se me hace borroso y dudoso, algo me dice que debo seguirlo hasta el final, sea lo que sea. Espero que puedas entenderlo.

Parecía tan afectada como si estuvieran terminando una relación de dos décadas.

Quizás esté equivocado. Quizás esté cometiendo el error más grande de mi vida. No lo sé. No puedo saber nada estos días. Todo lo que tengo es mi corazonada y mi instinto. Pero si escuchara a mi corazón, sé que me quedaría sentado aquí mismo y no te dejaría ir.

Unas lágrimas parecían asomar desde los ojos de ella. Él también se sentía afectado.

— ¿Puedo acompañarte hasta tu casa?—propuso Martin—No quiero que andes sola.

— De acuerdo—dijo ella recomponiéndose.

Martin pagó el café mientras ella estaba en el baño, seguro secándose las lágrimas o sintiéndose mal por todo lo que le había lanzado Martin en el primer día que se conocían.

Volvieron a la zona del Ponte Delle Guglie, pero del lado opuesto del que había venido Martin al principio de la velada.

— Es por aquí—dijo ella y giraron antes de cruzar el Puente, ahora un poco más vacío que antes.

Siguieron caminando por la <<Calle Del Spezier>>hasta chocarse con un Restaurante de comida *kosher* llamado <<Gam, Gam>>. Martin leyó lo que estaba debajo del cartel del restaurante. <<Ghetto>> y una flecha que indicaba para la derecha.

— Aquí es—dijo ella cuando se detuvo debajo de la entrada a un barrio, el ghetto.

— ¿Vives aquí?—le preguntó Martin.

— Sí—dijo ella— ¿Pasa algo?

— No, por supuesto que no. Es solo que...

— ¿Qué?

— He pasado por aquí cuando vine la primera vez y nunca noté este lugar.

Ella se relajó, había malinterpretado las intenciones de Martin por un breve momento.

— Quién sabe qué hubiera pasado si te conocía antes, hace diez años.

- Esa sí que es una buena pregunta.
- Y...quizás nos volvamos a encontrar aquí.
- Sí, dentro de otros diez años.
- Sigue agregando años y pronto Venecia ya no estará más—bromeó Martin—Fue muy agradable hablar contigo esta noche.
- Si, para mí también. ¿Hasta cuándo te quedas aquí?
- Tengo reserva hasta el 5 de mayo. Después de eso, veré.
- Bueno, si te sientes con ganas de hablar, este es mi número.

Ella extendió una servilleta con su número de teléfono, quizás era lo que había estado haciendo en el baño. O tal vez no.

- Gracias...*Ivana*. Por todo.
- Espero que la encuentres. En verdad.

Martin asintió y se quedaron mirándose por unos segundos. Fue él quien entonces decidió despedirse.

- Adiós—le dijo sin poder encontrar otras palabras adecuadas que no hieran tanto.
- *Arrivederci*—dijo ella.

Ambos sintieron el impulso y el deseo de darse un beso, pero ninguno se atrevió y ese instante se esfumó. Ella sonrió y se dio media vuelta, adentrándose en el barrio. Martin la miró irse y al cabo de unos segundos, giró y se marchó por la <<Calle del Spezier>>, de vuelta al hotel.

Durante el trayecto de regreso, no pudo evitar ser invadido por sus propios recuerdos, despertados ahora por la similar cena con Ivana.

Volvió a estar en aquel lugar donde había cenado esa noche. Pero ahora estaba con otra persona. Estaba con su esposa. Se sentaron dos mesas a la izquierda que donde cenó con la neoyorquina radicada en Venecia. A diferencia, él y su esposa habían pedido café allí mismo. Su inconsciente no pudo evitar hacer la comparación entre aquel nefasto café con su mujer y la dulce conversación que había tenido con una persona que recién conocía.

- No entiendo por qué tengo que ser yo la mala en este asunto—dijo su esposa—No te olvides que tú también estuviste de acuerdo en que lo mejor para este matrimonio era realizar un viaje juntos. <<Deben ir a alguna ciudad romántica>> dijo la ridícula de tu hermana <<como Venecia>> ¿Y ahora se supone que soy yo quien lo arruina todo? Es gracioso.
- Pareces olvidarte cómo mentiste—dijo Martin.

- De acuerdo, lo admito. ¿Pero qué hay de ti? No eres ningún santo, Martin. ¿Cuántas veces te he perdonado ya?
- No se trata sólo de eso.
- No, es verdad. Se trata de que no quieres aceptar que tú también tienes la culpa de que este matrimonio se esté hundiendo.
- No se trata de mentiras, no se trata de engaños y de infidelidad— dijo Martin con tono severo—Se trata de que tú seas tan malditamente aburrida.

Su esposa se sorprendió ante el exabrupto y pudo notar que los demás comensales notaban que algo estaba sucediendo, a pesar de que no entendieran el idioma.

- No siento nada por ti más que repulsión. Odio cómo te vistes, odio cómo hablas. Odio cómo duermes y cómo respiras. ¿Entiendes? No hay que hacer que este matrimonio funcione, hay que sacarlo de su miseria, sacrificarlo.
- ¿Me odias? De acuerdo. ¿Pero por qué no te fuiste entonces? Yo te diré por qué, Martin. Porque eres un cobarde. Tienes miedo de quedarte solo en la vida. Y me necesitas. Y por eso soportas todas esas cosas que odias de mí. Lo has hecho por 5 años y lo harás por otros 50 más. ¿O me equivoco?

Martin se encendió un cigarrillo para calmarse. Su esposa rió con ironía.

- Adelante, fuma. Pero no cambiará quien eres, Martin. Eres un triste hombre pequeño dependiente de las mujeres.
- Crees que sabes todo, pero no tienes idea de la mitad. Lo único que a ti te importa son zapatos lujosos y pasajes en primera clase. ¿Qué más hay debajo de todo eso? ¿Puedes decírmelo? Porque yo no veo nada.
- Te diré qué hay. Y espero que no te sorprenda. Un espejo, limpio como un cristal. Y te está reflejando, Martin.

Martin se sujetó la frente con la mano que sostenía el cigarrillo entre el dedo índice y el dedo medio. Cerró los ojos, cansado.

- Tú no crees en nada más que yo. Y te está carcomiendo el no poder aceptarlo.

Ahora había una sonrisa malévolamente sobre el rostro de su esposa, como si estuviese feliz de revolcarse en su propia malicia.

- Así que ¿por qué no terminamos aquí, volvemos al hotel, tenemos

sexo y hacemos las paces? ¿Te parece bien? ¿O quieres que le agreguemos música y rosas para lograr un romanticismo forzado?

Ella parecía estar feliz de hacerle daño a Martin y él no lo podía soportar. Se sentía en caída libre.

Ese día siguiente, Martin se despertó muy temprano, casi junto con el sol. Su esposa dormía a su lado. Se levanto y corrió las sábanas. Se puso el pantalón. Había tenido sexo con ella la noche anterior, no lo pudo evitar. Estaba tan deprimido y necesitado de sustento emocional, que había sido débil y se había rendido. Intentaba buscar algo que lo hiciera sentir vivo y feliz, pero su mujer no le transmitía nada, a pesar de haber llegado al orgasmo y no tener problemas en desempeñarse en la actividad sexual.

Procurando hacer el menor ruido posible, salió de la habitación una vez cambiado. Su esposa seguía durmiendo y no notó nada.

Al bajar saludó al recepcionista que lo miró de forma rara, mezcla entre sospecha y consternación.

La ciudad estaba activa y era una fresca mañana. Caminó un poco, se dirigió al Ponte Delle Guglie y sacó algunas fotos. Observó a las personas que le pasaban por al lado o a la distancia. Observaba en sus rostros, tratando de encontrar aquello que buscaba. Sacó retratos de extraños de la manera en la que pudo sin que se dieran cuenta.

Terminada la sesión en el puente, hizo el camino inverso. Pasó por la entrada del hotel y esperó que su esposa no se hubiese despertado y lo estuviera buscando. Les preguntó a dos vendedores ambulantes si les podía sacar una foto. La razón era que ambos eran gemelos y estaban vestidos parecidos. Martin les sacó una foto con el fondo de su tienda que estaba repleta de máscaras venecianas, la mayoría eran máscaras dobles, remarcando aún más el sentido de la foto. Después de eso, Martin se vio obligado a comprarles un pequeño souvenir. Era un trato justo.

Siguió caminando y se detuvo en un lugar que vendían fideos. <<Pasta Sexy>> decía un paquete que exhibía fideos en formas de genitales. Martin lo encontró gracioso y por primera vez en mucho tiempo sintió que su risa era genuina, que no era forzada. Se dio vuelta para ver qué otra cosa interesante había para fotografiar.

Buscaba rostros que en principio que le transmitieran algo. Fue entonces cuando vio a una mujer vestida con un pantalón marrón oscuro, casi negro. Usaba una chaqueta de cuero también marrón pero más clara y una bufanda

beige cuyos flecos sobresalían por la parte superior de la chaqueta hasta el cuello y por debajo, a la altura de la cintura. Tenía el pelo rubio con raíces oscuras y planchadas.

Una expresión en su rostro captó la atención de Martin. Le parecía una mujer fuerte, independiente pero a la vez cálida y amable. Le transmitía la sensación de que esta mujer podría soportar lo que sea y mantener una sonrisa frente al maravilloso milagro de la vida.

Aunque no tenía rasgos muy remarcables, Martin la encontró atractiva. Creía que todo lo que transmitía ese rostro hacía que fuese bella, sin importar nada.

Tenía un pequeño folleto en las manos. Martin levantó la vista y notó el nombre del lugar donde trabaja aquella mujer de Venecia. <<Trattoria Bella Venecia>>.

Martin sacó la foto.

Estaba de nuevo en el hotel, almorzando en el patio, que daba al canal. Las góndolas iban y venían por el canal, llevando parejas, amigos y grupos de turistas variados.

Sobre la mesa estaba su almuerzo, una pizza individual y una cerveza bien fría a medio tomar. Vestía un blazer negro encima de una camiseta también oscura y pantalones jeans azules. Observaba las góndolas pasar y las parejas besarse y sacarse fotos. Sonrió al recordar que aquellas góndolas tan románticas se utilizaban para transportar a los muertos. Se imaginó a sí mismo recostado sobre una de ellas, a la deriva del canal, en camino hacia el mar Adriático.

Divisó que su esposa se acercaba a él, desde el interior del hotel. Se lamentó y no disimuló su molestia. Ella también llevaba gafas oscuras <<seguramente para ocultar sus horribles ojeras y su cara lavada>> pensó Martin al mismo tiempo que reforzaba su odio por la cara hinchada de todas las mañanas que llevaba su esposa.

— Me podrías haber despertado—le dijo malhumorada—en vez de almorzar tú solo.

Se sentó y apoyó su cartera sobre la mesa. Martin la miró y fumó. La *cameriera* se acercó a ellos, con una carta.

— Quiero una ensalada, gracias—dijo ella sin molestarse en siquiera aceptar la carta—Y un agua mineral.

— *Prego*—dijo la joven camarera.

- Mineral, significa sin gas. *Naturale*.
- Subito.

La camarera se alejó. Martin contempló a su esposa. El aborrecimiento que sentía por esa persona sentada enfrente de él no tenía descripción. Quería agarrar el cuchillo y clavárselo en el pecho. O agarrar el vaso de cerveza y rompérselo en la cabeza. Pero dio otra pitada y guardó ese deseo en lo profundo de su interior.

- ¿Puedes apagar eso?—le dijo ella sacudiendo una mano en el aire por el humo—Es intolerable.
- Él piensa lo mismo de ti—dijo Martin y con la mano libre tomó un sorbo de su cerveza. Ella lo miró llena de odio e irritación.

Enseguida la camarera apareció con la ensalada y el agua mineral. Su esposa no agradeció y la camarera se retiró. Martin rió de forma repentina y voraz.

- ¿Qué es tan gracioso?—le dijo ella.
- Todo—dijo él—Lo ridícula que es esa ensalada. Y lo ridícula que eres tú.
- Muchas gracias—le dijo—Termina tu maldita pizza y apaga el cigarrillo.
- Seguro, ¿algo más que quieras de mí? ¿O vas a esperar succionarme la vida para decidirte qué quieres?
- Qué curioso—dijo ella sonriendo con sarcasmo y preparándose para comer su ensalada—Soy yo la que te succiono, pero eres tú quien se deja. No hay nada que te encadene aquí, Martin. Eres libre.
- Sí, lo soy—dijo él—Ahora me doy cuenta.

Martin apagó el cigarrillo y se terminó la cerveza de un tirón. Se puso de pie.

- ¿Qué estás haciendo?—le dijo ella.
- ¿Qué te parece? Me estoy yendo. Y no sólo de aquí. Te estoy dejando a ti.

La frase la impactó pero se mantuvo firme, intentando ganar la pulseada de palabras dolorosas.

- Se acabó—dijo Martin—He terminado aquí. Iré a tomar un vuelo de regreso ahora mismo. Puedes quedarte el resto de la estadía, como bien sé que lo harás porque así es como eres. No necesito que me envíes mi ropa ni nada. Quédatelas, quémalas o haz lo que

quieras. No quiero saber nada más contigo.

- No puedes dejarme—dijo ella—Te morirás de la angustia. Con toda probabilidad, te encontrarán en tu estúpido departamento pequeño tumbado en el suelo de una sobredosis o en el baño con los sesos explayados por la pared. No engañas a nadie, Martin. Te conozco. Volverás arrastrándote. Y estaré ahí, esperándote.

Martin sintió la impotencia infundirle deseos de asesinar las verdades que estaba diciendo.

- Vete, anda—le dijo ella que parecía disfrutar de su triunfo—Vete, súbete a ese vuelo. No tengo nada de qué preocuparme porque sé que estarás esperándome cuando regrese, rogándome que te perdone y te tome de nuevo. Y sabes que lo haré. Porque en el fondo...yo te quiero, Martin.

La última frase hizo que Martin estallara y pateara una silla, haciéndola chocar con otra. El ruido estremecedor hizo que tanto gente del hotel como transeúntes se sobresaltaran.

- ¡No amas nada!—dijo Martin—No puedes hacerlo. Eres una cáscara vacía, una arpía que solo le interesa qué auto último modelo se va a comprar o qué viaje exótico hará. Eres un chiste. Y me das lástima.
- Estás siendo ridículo—dijo ella—Siéntate y actúa como una persona normal. Estás histérico.
- No quiero verte de nuevo—le dijo él—Estás muerta para mí.
- Soy como tú, Martin—dijo ella sin inmutarse por las miradas de extraños—No puedes negarme.
- ¡No!—dijo Martin— ¡No lo soy! Yo me conozco y no soy como tú. Y nunca lo seré. Adiós.

Martin se marchó antes de que hiciera algo irreversible. Caminó con paso apurado alejándose.

- ¡Nunca cambiarás!—le gritó su esposa— ¡Serás lo que siempre has sido! ¡Me das vergüenza!

Su esposa se quedó sentada hablando sola.

- Ya verás - decía para sí misma.

Calló cuando Martin se alejó. Se puso a comer sola, mientras las personas que habían escuchado la pelea seguían mirándola. Dio un bocado a su ensalada y masticó en silencio.

Dos días después, Martin ahora estaba en un cuarto oscuro, con luz roja. Venecia había quedado atrás junto con aquel nefasto episodio. Tenía puestos guantes y movía una bandeja rectangular con líquido. Esperó unos minutos y por último retiró la foto de la bandeja. La sacudió para que se seque y encendió la luz. Colgó la foto sobre un hilo como alguien cuelga la ropa en la terraza para que se seque. La foto empezó a tomar nitidez y Martin la observó con detenimiento.

En la foto, la mujer de cabello rubio en la puerta de la <<Trattoria de la Bella Venecia>> con su expresión tan particular en el rostro.

Tenía la misma foto en las manos 10 años después en una habitación del Hotel Continental en Venecia.

Eran cerca de las 11 de la noche y se estaba preparando para ir a dormir. No se sentía con ganas de salir a recorrer la ciudad. Miró un poco de televisión y enseguida se quedó dormido.

El día después de su cita con Ivana, durante el desayuno, Martin consideró la posibilidad de poner fin a su tonta búsqueda y a su viaje. Los recuerdos de su estadía con su esposa, las palabras que habían vociferado ambos no lo hacían sentir cómodo allí. No era que Martin se sintiera afectado, aquello había pasado ya hace tiempo y se había curado. Cambió de manera radical su posición frente a la vida y aquel viaje era la primera prueba a la que sometía su nueva forma de ver el mundo. Hasta ahora marchaba bien, pero temía algún altibajo.

Cuando pasó por recepción le avisaron que alguien había dejado un sobre para él. Se sentó en los sillones de la recepción y lo abrió. Dentro había una carta. Se dispuso a leerla.

Al final firmaba el nombre de <<Lorenza>>

\*\*\*

Martin subió al *vaporetto* al mediodía, con un cielo despejado y el sol brillante. El *vaporetto* llegó hasta la Plaza San Marcos, allí se bajó y tomó otro barco, más grande. Navegó en él hacia la isla de Torcello, lugar en el cual había estado una sola tarde en su primera visita. Cuando arribó era la hora de la siesta y se podía sentir. Llegó con bastantes turistas. Al bajarse preguntó a un hombre por una dirección y éste le dio indicaciones.

Transitó el camino principal de la isla que limitaba con el angosto canal de aguas verde que desembocaba en el Mar Adriático. Había viento que hacía mover las copas de los árboles florecidos de primavera.

Los pájaros no paraban de cantar y el calor del sol era placentero. En el cielo, en lo alto, varios aviones a propulsión dejaba sus estelas atrás y algunas se cruzaban entre sí, formando la imagen de un cielo rayado de líneas blancas. La quietud de aquel lugar se mantenía aún tan firme y pura como la primera vez que la visitó.

Llegó hasta el *Ponte del Diavolo* y, según las indicaciones, que había recibido, la dirección de la casa que buscaba debería estar por allí.

Se frenó ante una construcción en particular, cercada. Tenía dos pisos y estaba en perfectas condiciones. Parecía estar vacía por completo.

Martin aplaudió al no encontrar timbre o puerta en la cual golpear. Pero no recibió respuesta.

En cambio, notó que una anciana con bastón venía caminando en sentido opuesto a él. La detuvo y le preguntó si sabía quien vivía allí. Ella le preguntó a quién buscaba y Martin le enseñó la foto. La anciana la reconoció enseguida.

— ¡Chiara!—dijo para sorpresa de Martin al descubrir el nombre de la mujer—Claro que la conozco.

La anciana parecía contenta. Le dijo que Chiara estaba en la *Cattedrale di Santa Maria Assunta* y que la misa estaba pronta a terminar.

Martin le agradeció lo más que pudo y se puso en marcha. No sabía qué esperar. Podía ser algo bueno o algo malo. Había llegado desde tan lejos, había sufrido lo que todo cambio de vida significaba, había dejado pasar otras oportunidades y ahora se presentaba ante alguien que ni lo conocía ni

le importaban sus problemas. ¿Y qué le diría? ¿Se presentaría así nomás como un hombre que le sacó una foto hace 10 años y ahora la acosaba, lo suficiente para viajar desde otro lado del mundo? Martin sintió miedo y hasta se detuvo un breve instante. Quizás estuvo equivocado desde el principio y todo fue un gran error. Pero luego reparó en el hecho de que ella no tenía por qué saber que él le había sacado aquella foto. ¿Cómo lo sabría al menos que él se la muestre? Decidió tomar el riesgo.

Al llegar a la *Cattedrale di Santa Maria Assunta*, la misa había terminado en efecto y la gente estaba saliendo. Buscó entre la escasa multitud pero no pudo encontrarla. De repente, observó algo que le llamó la atención cerca de una pared que tenía distintas placas talladas en piedra. Estaba al lado del Museo de Torcello, *Sezione Archeologica*. Sentada sobre la escalera que subía al Museo había una mujer de cabello rubio vestida con jeans azules y un buzo negro. A pesar de que estaba más informal que la primera vez que la había visto, Martin sabía con seguridad que se trataba de ella. Por fin la había encontrado, después de tanto tiempo, después de todo.

Con disimulo se le acercó y fingió estar sacando fotos a la pared con las placas talladas de piedra. Cuando notó de reojo que estaba dentro del campo de visión de ella, se preparó.

- *Buonasera*—le dijo cuando sus miradas se encontraron.
- *Ciao*—respondió ella más relajada.

Martin notó que estaba fumando y encontró una nueva forma de iniciar la conversación.

- ¿Tienes fuego?—le dijo él.

Ella asintió y buscó en el bolsillo de su buzo mientras Martin sacaba un cigarrillo de su paquete que ya estaba acabándose. Ella le entregó el encendedor y él dio fuego.

- Grazie.
- Prego.

Martin miró hacia el cartel que decía <<Museo de Torcello>> y luego bajó la vista a Chiara, quien seguía observándolo.

- ¿Trabajas aquí?—dijo Martin.
- Sí, pero está cerrado ahora.
- Oh—dijo Martin fingiendo importarle.
- ¿De dónde eres?
- De América.

- ¿Te gusta aquí?
- Sí, mucho. ¿Tú eres de aquí? ¿De *Torcello*?
- No—dijo—Venecia. Pero tengo familia que vive aquí.

Martin asintió y acercó un poco más. No quería dejar ese lugar y ese instante por nada del mundo.

- ¿Tú tienes familia aquí también?—le preguntó ella.
- No, no tengo familia aquí. Vengo por otra razón.
- Ya sé—Chiara lanzó su cigarrillo al césped—*Una donna*.

Martin le sonrió y ella rió con ímpetu, como la mayoría de los italianos.

- ¿Ella lo sabe?
- ¿Qué cosa?
- Que has venido a buscarla.
- No, ella no lo sabe.
- Pero estoy segura que se sorprenderá.
- Sí, aunque ni siquiera sé su nombre.

Chiara agudizó la mirada hacia Martin y trató de comprender.

—Lo único que tengo de ella es una foto...que saqué hace diez años. Por eso vine hasta aquí en busca de ella, sin saber con qué me encontraría. Lo único que sabía era que me había enamorado de ella a primera vista y después de diez años, todavía lo estoy...

Martin sentía que se estaba arrodillando desnudando su alma y su ser frente a aquella mujer.

- Todo el tiempo estuve pensando qué le diría si llegara a encontrarla. Y cómo ella iba a responder a mi tonta idea del amor. Y ahora que estoy aquí, entiendo...estaba buscando un ideal, más que otra cosa.

Se quedó callado mientras se perdía en sus propios pensamientos. Chiara lo miraba y escuchaba con atención y cierta compasión.

En ese instante, parecían haberse conectado y por un minuto Chiara creyó que él estaba hablando de ella. Pero no estaba segura.

- ¿Cómo te llamas?—le preguntó.
- Martin ¿y tú?
- Chiara.
- Un placer conocerte, Chiara.
- Igualmente.

De repente, un hombre llamó desde lo lejos.

— ¡Chiara!—gritó acercándose desde el camino principal hacia la plaza de la Catedral.

Chiara se dio vuelta para verlo y lo reconoció. Martin lo observó. Era un hombre joven, como él, con rasgos típicos venecianos.

— Bien, debo irme—dijo ella poniéndose de pie. Había cierta tristeza en el brillo de sus ojos, como si lamentara tener que marcharse—Me gustó hablar contigo. Espero que la encuentres. *Ciao*.

— *Ciao...*—exclamó con melancolía Martin.

Observó cómo Chiara se encontraba con aquel hombre. Se abrazaron y él le dio un beso apasionante en la boca. Ella le dijo algo, él respondió y ella rió. Juntos se alejaron.

Se quedó observando su alrededor, la Catedral y los demás turistas que estaban como él, viajando en busca de algo nuevo en sus vidas. Y Martin parecía haberlo encontrado.

Sonrió para sí mismo y volvió a sentir la alegría de estar vivo y del hermoso mundo en el que vivía.

Más tarde, se sentó en un banco de la Catedral. De su bolso buscó un lápiz y un anotador que siempre llevaba por las dudas. Se dispuso a escribir y no paró hasta terminar.

El sol ya estaba casi oculto y llegaba la hora de la tarde en la que no había sombras. Empezó el regreso al puerto de Torcello y a Venecia. Pero antes, pasó por la casa donde se había encontrado con la anciana y la cual era la residencia de Chiara. Se imaginó que estaban allí dentro, acurrucados en el sillón viendo televisión o en la cama, haciendo el amor. No le molestó, sino que se alegró que hubiera gente en el mundo que podía encontrar la felicidad de vivir en otra persona. Arrancó la hoja de su anotador, la dobló a la mitad y escribió <<Chiara>> en letra grande. Acto seguido la dejó en el buzón de correo de la casa y sin miramientos, se dio media vuelta y siguió el camino hasta el puerto.

En el barco observó los últimos rayos de sol esconderse en el horizonte veneciano. <<Chiara, espero que puedas entender estas palabras. No me conoces mucho más que como el tipo que te habló en Torcello y te contó sobre su búsqueda de la mujer en una foto. Como ya sabes, esa mujer eres tú. Quería agradecerte porque gracias a ti pude encontrar aquello que hace a la verdadera felicidad. Vine en busca de ti, pero en realidad estaba buscándome a mí mismo. Buscando la razón por la que el mundo brilla de la

manera que lo hace>>

El barco pasó por la isla de Burano y de Mulano, que ahora se veían hermosas en la azulada luz del crepúsculo. Más de cerca, el *vaporetto* rodeó el Monasterio donde vivían unas monjas.

Cuando el barco comenzó a acercarse a Venecia, Martin no pudo evitar deslumbrarse por la belleza de la Ciudad de los Canales que lo recibía de vuelta en su tierno abrazo.

<<La vida no se trata de monumentos, edificios y viajes exóticos. La vida se trata de las personas y la percepción del mundo que encontramos a través de ellas. Tú me mostraste eso. Puedo irme tan lejos como quisiera, en el punto más recóndito del mundo pero jamás podría encontrar lo que encontré gracias a ti. Quiero agradecerte>>

Se puso de pie y fue hasta la parte delantera del barco, para poder ver bien la entrada a Venecia.

<<Supongo que jamás comprenderás, pero espero que lo intentes alguna vez y te des cuenta de qué es lo que has hecho por mí. >>

Había otras personas haciendo lo mismo que él. Entre ellas, una mujer, también rubia, sacando fotos con una cámara profesional muy parecida a la de Martin. Él la miró.

<<El mundo es un lugar maravilloso. Y la vida merece la pena vivirla. Gracias>>

Sonrió al sentir la brisa del mar.